



CÉSAR



AIRA



EL TESTAMENTO
DEL MAGO TENOR



Lectulandia

Dos personas van en pos del último secreto del Mago Tenor, dos escenarios se disputan la acción de esta novela. Uno y otro Suiza, la India parecen solicitarse, por eso el autor toma el recaudo de vaciarlos para que cada uno asome como lo que es. La novela ocurre como pocas, con la acción perentoria y perezosa de esas parejas casuales de Verne, con máquinas de Roussel a todo trapo (un poco domesticadas, claro, por Buda) y con jirones de Hergé (la excursión en *smoking* a la cascada).

Lectulandia

César Aira

El testamento del mago tenor

ePub r1.0
Titivillus 20.03.16

Título original: *El testamento del mago tenor*

César Aira, 2013

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Ilustración de cubierta: Marina Zlochin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Solo y olvidado, en su retiro suizo que databa ya de muchos años, el Mago Tenor se moría. En el lecho al que estaba confinado desde el último ataque, esperaba el desenlace, sin esperanzas ni pánico. Al fin de cuentas, todo había pasado en su debido orden, y la salida de escena no era menos parte de la acción que cualquiera de los episodios anteriores. La mirada perdida en la ventana, la mente en blanco. El silencio se estancaba en esos largos días inmóviles. De la servidumbre sólo había quedado el ama de llaves. Sus pasos cautelosos, el tic-tac de un reloj y el canto extraviado de un pájaro, afuera, eran los únicos sonidos que llegaban hasta la habitación del Mago. El trayecto hasta él, desde la cocina y los cuartos de servicio, la escalera, los largos pasillos en curvas que habían sido elegantes y ahora sólo eran hábito, era todo lo que se recorría de la casa. El resto estaba cerrado y descuidado, los salones oscuros, puertas y ventanas que no se abrían hacía años, el polvo sin destino que se acumulaba. Los cuadros en las paredes de los salones, dentro de sus marcos dorados, hundían sus figuras en penumbras muy acostumbradas a sí mismas. Si alguien se hubiera asomado a ellos, como a estas alturas sólo podría hacerlo un fantasma, habría visto escenas de gesticulantes dramas, en la supervivencia de empastes centenarios, el óleo adelgazado por el tiempo revelándole a nadie el revés de los seres ocultos. Los espejos se habían velado, las alfombras repetían sus ociosos laberintos. Un piano en el estrado de la sala de música había creado el vacío a su alrededor, en el que contaba los compases del silencio. Arriba, los artesonados parecían derrumbarse como bocas cuadrículadas. Los sillones se contraían, la tiniebla se apoderaba de los billares y los mármoles.

Ocultada por los árboles, a la casa la rodeaba un amplio parque de contornos irregulares, y los pocos automovilistas que circulaban por el camino cantonal de tierra podían ignorar su existencia, porque ni siquiera la verja de entrada estaba a la vista: para encontrarla había que introducirse en un atajo disimulado entre arbustos y troncos caídos. No había habido de parte del propietario una voluntad expresa de ocultarse del mundo; era simplemente efecto del abandono, el mismo que reinaba en el parque, cuyos recesos apartados, y los menos apartados también, y en realidad toda su extensión, habían revertido a un salvajismo de primer día de la Creación. Topos, conejos, culebras, algún zorro fugitivo convivían en las marañas vegetales que no hollaba nunca un pie humano. Incontables legiones de hormigas, crisálidas colgadas de las ramas, caracoles, polillas, arañas arbóreas, avispa en sus casitas de barro, ejércitos de lo pequeño y lo diverso jugando a las escondidas donde nadie los buscaba.

Los árboles envueltos en niebla sólo entreabrían su follaje por el paso de una paloma o un gato. Alcanforeros, aromos, pinos, acacias africanas se alineaban en asimetrías elegantes pensadas por un antiguo paisajista, sus ideas ya indescifrables por el crecimiento descontrolado del sotobosque. Los parterres se habían hundido, las

especies muertas seguían en pie acorazadas por capa sobre capa de hongos petrificados. Los ramajes se entrelazaban en lo alto. Colchones de hojas de otoños sucesivos, palacios de madrigueras secretas.

Había horas del día en que el edén de los pájaros resonaba dentro de esas cámaras verdes. Casi ningún sonido escapaba del encierro: sólo algún silbido, si se prolongaba lo suficiente, llegaba al oído inerte del Mago. Los mirlos caminaban como soldados haciendo la guardia, habían trazado senderos en la hierba alta. El canto prestigioso del ruiseñor se escondía en el vértice más profundo de la espiral de esas soledades.

Los bancos de piedra también se habían hundido. Lo mismo el pie de un reloj de sol, a resultas de lo cual el cuadrante se había inclinado, con el mármol blanco de su superficie manchado con las huellas de viejas hojas de árbol, que se habían estampado con cada detalle de sus contornos y nervaduras. Los bebederos de pájaros, colmados de detritos, florecían en hongos morados. Una pérgola había desaparecido por completo bajo las hiedras salvajes, que trazaban líneas sin apoyo en el aire. Las ramas bajas de los árboles cayendo perezosas al suelo creaban pasajes oscuros que parecían continuarse bajo tierra. Pudorosas, se ocultaban las estatuas en las frondas silvestres, una Diana, un Hércules, un cazador Hubertus, en un tambaleo que llevaba décadas, sin que nadie los viera. La gran fuente de piedra, con sus delfines en arcos acrobáticos y sus Neptunos multiplicados, cada uno con su corte de nereidas, estaba cubierta de musgos aterciopelados, líquenes de lenguas amarillas, pámpanos y brotes. Un sapo reinaba bajo esos toldos.

El lago artificial se había cubierto de lotos, y una población excesiva de anguilas se agitaba debajo. Almadías entoldadas, que antaño habían transportado elegantes fiestas flotantes y orquestas de cámara, se pudrían encalladas, y sus vigas blandas se doblaban como miembros enfermos. Desfondados, los botecitos se clavaban en el verdín del agua.

El aleteo de un pájaro, un gorjeo, la caída de una piña puntuaban el silencio del parque. Si un improbable visitante lo recorriera y llegara hasta sus confines, quizás podría oír los golpes sordos de un partido de tenis en el parque de los vecinos, nada más. Y hasta era dudoso que tales vecinos existieran. La ladera escarpada de un valle, con bruscas lejanías, daba una sensación de desierto. La comarca era refugio de gente que se retiraba del mundo, para proteger su dinero (un dinero que, justamente, habría podido comprar el mundo). Las exclusivas perspectivas suizas atraían a una elite cosmopolita, cuyo único modo de llamar la atención, involuntariamente, era el zumbido de sus autos caros. Ejércitos de jardineros mantenían podados y regados los parques, esculpidas las formas vegetales, y sobre todo ocultas las presencias. Este régimen había mantenido la casa del Mago Tenor en un secreto que compartían muy pocos, y estos pocos ya desinteresados de lo que podía constituirlo en secreto.

Sobre este dominio del olvido se deslizaban los días y las noches, indiferentes. La mirada del Mago Tenor, desde su lecho final, por su perspectiva baja, sólo captaba las copas de los árboles, y de ellas el movimiento que les imprimían el viento y la lluvia.

Y al fondo los colores del cielo, el blanco del amanecer, el rosa del crepúsculo astillándose en las agujas de un pino. Ya nada de eso le importaba. Se alejaba insensiblemente, se olvidaba, él también. Sólo de noche, cuando la vieja ama de llaves había olvidado cerrar los postigos, las estrellas dispersas en el cielo negro movían en su cabeza algún pensamiento, pero no sabía cuál.

La última visita que recibió fue la del Presidente Hoffmann, del foro de Lausana, que muchos años atrás había sido su apoderado. No era una iniciativa espontánea del viejo magistrado, sino que respondía a una esquila recibida días antes, que contenía un pedido formulado con anticuada cortesía y letra temblorosa, en uno de los viejos tarjetones con el logo profesional (una galera y la varita), la cartulina amarillenta, una verdadera reliquia para coleccionistas del anticuariado del *varieté*. El Presidente se la estaba mostrando, en el auto que los llevaba, a su joven acompañante, Jean Ball, abogado de Berna que en la ocasión haría de asistente. Había sido reclutado para el trabajo en forma intempestiva, y sólo ahora, en el asiento trasero del auto, iba enterándose de las particularidades del caso a través de la voz monótona del Presidente Hoffmann. Éste decía haber sido el brazo legal del Mago, el único en ocuparse de sus asuntos desde que se retirara de los escenarios. Lo que no significaba, aclaró, que hubiera tenido mucho trabajo, más allá de un trámite aislado cada cinco años, y siempre el mismo, como creía que lo sería en esta ocasión. Originalmente, decía, había aceptado la comisión por curiosidad, por su exotismo, y por permitirle echar un vistazo en un terreno al que un hombre de leyes nunca se asomaría. Con el paso de los años y el aumento de sus responsabilidades en el foro debería haberse desligado, pero no lo había hecho, por lealtad, por pereza de explicarle a un colega el mecanismo de sus funciones, y sobre todo por el prolongado lapso que separaba cada una de sus prestaciones, y el hecho de que cada una pareciera la última. Esta vez había recibido con sorpresa la requisitoria, como si proviniera de otro mundo, pues su cliente llevaba décadas sin manifestarse. Creía recordar haber oído algo de enfermedad, o reclusión, pero de eso había pasado mucho tiempo, y algo en el fondo de su mente había concluido que el viejo mago había muerto. Por lo visto, no era así. Cargado de años él mismo, no habría hecho el viaje hasta el escondido refugio donde lo requerían si no hubiera sospechado, con buenos motivos, que era una liquidación y despedida. También intervenían, como al principio, la curiosidad, y un vago interés, sin contar con el sentido del deber, el último en apagarse en un calvinista de la vieja escuela.

Se remontó a épocas anteriores, cuando el Mago Tenor había sido una luminaria menor, muy menor pero no tanto como para no gozar de cierta notoriedad, en el firmamento móvil de los *spas* y balnearios elegantes de la Europa Central. No le extrañaba que su joven interlocutor no hubiera oído nunca el nombre. La celebridad era un bien efímero en la profesión, que carecía de historiadores.

—No debería ser así —dijo Jean Ball—. Puede ser un relato lleno de interés, por lo evocador, y las anécdotas. Y elocuente respecto de la época, en sus corrientes más profundas y representativas, que es precisamente lo efímero lo que las revela.

—Es una cuestión de registro, de documentación. La ciencia de la Historia opera con realidades, y en esta materia la realidad es resbalosa, o esquivada, o facetada,... no encuentro la palabra justa.

—Pero fue real. Aun cuando no haya dejado rastros materiales.

—Una realidad «entre paréntesis» —dijo el Presidente, que seguía buscando una definición quizás inexistente.

Tras lo cual debió concentrarse en darle instrucciones al chofer. En cierto modo, se internaban en terreno desconocido. Por momentos creían avanzar por el bosque primigenio, tan ausente estaba todo signo de civilización. La luz misma cambiaba, en el fondo de los caminos estrechos. La llovizna los acompañó todo el trayecto. Al fin, después de un par de entradas falsas en abras sin salida, dieron con la verja. El auto se detuvo frente a ella y la miraron un momento: parecía tan vieja como el esqueleto de un dinosaurio, salvo que era de hierro gris, cubierto de verdín. Los barrotes retorcidos hacían figuras indescifrables, un escudo condal la coronaba en el centro.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Jean Ball.

El viejo jurista asintió con un gesto y mandó al chofer a abrirla. Mientras el hombre lo hacía, un anticuado aparato de vigilancia se puso en marcha, con carraspeos de enfermo. Era una cámara colgada precariamente en la punta de la lanza lateral; sobre la lente había una telaraña, y en el fondo del cristal, les pareció ver cuando pasaban frente a ella, se sucedían signos cabalísticos en los colores del rubí, el zafiro y la esmeralda; podía ser un juego de la luz, burlándose de una tecnología pasada de moda.

Muy lento, el auto negociaba su paso entre hierbas altas que habían borrado las avenidas, hasta la explanada central frente a la casa. A ésta se la veía cerrada, descascarada, sus atlantes cansados, algunas tejas negras de la mansarda rotas en la escalera seguían donde habían caído. Una mujer mayor les abrió la puerta. Saludó sin palabras al Presidente Hoffmann y echó una mirada de desconfianza al joven que lo acompañaba. A la pregunta de el dueño de casa respondió con monosílabos incomprensibles.

Ante los ojos de los visitantes la casa se mostraba oscura y polvorienta. Era evidente que habían dejado de mantenerla tiempo atrás, quizás en la convicción de la inutilidad de hacerlo. Ya nadie se sentaba en los sillones, ni usaba las mesitas rococó para apoyar un libro a medio leer. Atravesaron la sala y subieron la escalera envuelta en una penumbra helada. El pasillo alto, con sus barandas de caoba, los condujo, siempre atrás de la mujer, hasta una gran puerta blanca. Al otro lado, moría el mago. Tuvo lugar a continuación, con las dificultades propias de una lengua que se resistía a las expresiones claras, la última negociación.

Jean Ball salió pensativo de la casa. Las explicaciones que le había dado el Presidente en el viaje le habían permitido entender el meollo de la transacción. Entendida, no había perdido nada de su extrañeza, sin que por ello perdiera su carácter de verosímil. Según el Presidente, en el largo período que había seguido a su retiro de los escenarios, el Mago Tenor se había mantenido vendiendo, de a uno y parsimoniosamente, sus actos de magia. Éstos eran un número limitado; con ellos había hecho toda su carrera. Los había inventado en su primera etapa, intensamente creativa, y en los años de práctica apenas si había añadido algún detalle o modificado en algún matiz su presentación. Una vez que su rutina escénica quedó fijada, ya no inventó otros pases. Y, de más está decirlo, desde que adoptara la soledad de su cómodo retiro alpino, no tuvo motivos (ni habría tenido la energía suficiente para hacerlo) de ejercitar su inventiva.

En el mundo del *varieté*, cada mago tenía su repertorio de trucos o «números» (la palabra «truco» era evitada en general), en lo posible originales, propios, intercalados con los clásicos de la mujer serruchada, o la desaparición dentro de una caja. Estos clásicos, si bien archiconocidos, por eso mismo solían ser los más festejados; el público en la ocasión de hallarse frente a un mago se retrotraía a un estadio infantil en el que hasta ver salir un conejo de una galera podía dejarlo con la boca abierta. Si bien eran el abecé del oficio, y justamente por serlo, exigían una limpieza sin fallas en la ejecución; los espectadores ya los conocían y podían comparar. En contraste, los números originales admitían imperfecciones o desprolijidades que quedaban disimuladas en lo nuevo y nunca visto. Su dificultad estaba antes, en la invención.

Este punto planteaba una paradoja. La profesión se aprendía en una escalada de lo más elemental a lo más complejo, pero aun en el extremo del virtuosismo el alumno se ejercitaba con lo ya conocido y catalogado en el Manual. Al término de su aprendizaje, cuando recibía el diploma de Mago, todavía no era un mago. La esencia del oficio estaba fuera del aprendizaje. Para ser un mago de verdad debía crear sus propios números y mantenerlos en secreto. Todos los números, aun los más clásicos y remanidos, se mantenían en secreto del público; los originales se mantenían en secreto de los otros magos, y era ese secreto el que volvía mago de verdad a un mago. Un profesional experimentado y perspicaz (esto último tenía que serlo por definición) podía atravesar el secreto, o «inventar al revés» la invención que estaba contemplando. Pero había una ética corporativa que lo contenía. La misma ética que, a pesar de todo, lo conminaba a tener en su repertorio por lo menos un mínimo de números originales, de invención propia.

Tanto el proceso de la invención como su resultado dependían de las capacidades individuales de cada aspirante. El campo en el que podía desplegar su talento era amplio, quizás demasiado amplio. ¿A qué no se aplicaba la magia, o la simulación artística de la magia, que tanto se parecía, por definición, a la verdadera magia? La única restricción era que se prestara al espectáculo. De modo que había que elegir de un espectro amplísimo, universal. Conejos, pañuelos, palomas, bellas asistentes

serruchadas o desaparecidas, naipes, ramos de flores eran apenas el punto de partida de una verdadera enumeración caótica. El aspirante a creador se enfrentaba a un magma vivo en el que todas las cosas y todas sus relaciones se revolvían como atacadas por un baile de san Vito de transformaciones.

Nunca se podía garantizar que lo nuevo lo fuera de verdad. Siempre estaba la posibilidad de que en otro continente, en otra época, otro mago hubiera inventado lo mismo. Pero las probabilidades de que pasara tal cosa eran bajas, casi nulas, en razón de la innumerable cantidad de elementos a combinar. Esa misma cantidad, paradójicamente, hacía que en cierto plano todo se pareciera. De ahí que el espectáculo de un mago en el escenario tuviera ese aire de ya visto, parte integral de su encanto.

Este trabajo de creación o invención era cosa del pasado, de un pasado tan alejado que ya se lo tenía por legendario, por inventado él también. Pues sucedía, venía sucediendo desde incontables generaciones, que cuando un mago se retiraba ponía en venta sus números exclusivos, y con estas compras los nuevos magos hacían su reserva de originalidad. Al hacerse estas transacciones bajo un manto de severa discreción, nadie podía decidir si un determinado número, propiedad indivisa de un mago, era de su invención o lo había comprado. Un registro histórico llevado a cabo con un mínimo de rigor habría disipado la duda, pero como a todos les convenía mantenerla, el registro no se hacía, y la profesión, huérfana de historiadores, vivía en un eterno presente.

El Mago Tenor, siempre según el relato que el jurisconsulto le hacía a su joven acompañante, había iniciado estas operaciones de venta desde el momento en que hubo bajado el telón de su última actuación. Era un camino hacia la muerte o la aniquilación. La materia disponible en su caso no era nada del otro mundo, pero administrado con parsimonia le había permitido llevar un decente tren de vida. El Presidente Hoffmann, en aquellos primeros tiempos un abogado de discretos honorarios (más tarde hizo su prestigio y escaló en el foro llevando los asuntos de un puñado de coronas depuestas refugiadas en Suiza, quienes después de pasar por borrascosas situaciones sólo querían una administración apacible de los bienes salvados), fue fundamental en la operatoria. Nunca se habría involucrado en el asunto, que unía lo menor a lo complicado, si no hubiera sido por la curiosidad. Un aura de intriga envolvía al Mago Tenor, algo que parecía ir más allá del dinero. Con el correr de los años llegó casi a convencerse de que no había misterio alguno: era sólo negocio. Y un negocio con aristas un tanto sórdidas además; se convencía de ello cuando, una vez cada cuatro o cinco años, el Mago Tenor le hacía saber que deseaba poner en venta otro de sus «números», y debía poner avisos en los boletines especializados, y recibir la visita de los interesados, que, en contra de la leyenda habitual del mago como personaje romántico, solían ser unos buscavidas internacionales de poca monta. El proceso era engorroso. Se compraba a ciegas un procedimiento descrito y explicado en un sobre lacrado; ni siquiera el abogado sabía

qué estaba vendiendo.

O mejor dicho: sabía de que se trataba, pero no cómo funcionaba. (Después de todo, no era muy distinto de estar vendiendo un teléfono o una computadora). Lo sabía gracias a que el Mago Tenor, cuando enviaba la oferta de venta, la acompañaba con un cuadernillo descriptivo del truco en venta. En la actualidad habría sido el video de una actuación. A falta de video, el cuadernillo mostraba el truco en una secuencia de dibujos realistas muy detallados. En el bufete se ocupaban de hacer copias y se quedaban con el original. El Presidente Hoffmann había hecho así una colección de dibujos narrativos de tema «magia», de exquisita factura que, ellos sí, tenían misterio. Pues el abogado no sabía quién los hacía. Dudaba de que el mago tuviera la habilidad necesaria. ¿Los haría un dibujante profesional, siguiendo instrucciones? Se había propuesto preguntar, pero por un motivo u otro siempre se olvidaba de hacerlo. Muchas veces los desplegó sobre su escritorio para estudiarlos. La mecánica del truco, desde el punto de vista de un espectador, quedaba perfectamente representada, así como también quedaba oculto el resorte secreto que lo hacía funcionar (eso estaba dentro del sobre lacrado, y costaba caro averiguarlo). Había algo sugerente en los dibujos, en su detallismo exasperado, en su elegancia, en la seguridad del trazo, como si no estuvieran representando una realidad sino como si se hallaran antes que ésta, y la realidad sólo pudiera ser una copia imperfecta del dibujo. ¿No estarían dando la clave, como en un rebús? Mirándolos, no era fácil no sospecharlo. Ya despertaba la sospecha el trabajo de hacerlos; porque lo mismo habría podido mostrarse mediante un diagrama, con figuras hechas con palitos.

—¿Será el último, realmente? —preguntó Jean Ball en el auto, cuando rehacían el camino que los había llevado a la casa del Mago. Su voz rompía un largo silencio que habían mantenido desde que salieran del cuarto del moribundo. El cielo se había despejado, y una luz intensa bañaba la zona boscosa que precedía a la autopista. A los ojos de los dos abogados la escena de la naturaleza tenía un aire irreal. Persistía en ellos una melancólica perplejidad, proveniente de la visión del hombre que moría, y del trabajo que les encomendaba. El lecho final, las caobas y bronces, las opalinas cubiertas de telarañas, el frasco de opio, las alfombras negras le daban a la escena un realismo que se cerraba sobre sí mismo como un círculo, pero en el centro del círculo había un acto de magia. Jean Ball todavía estaba asimilando lo que para él había sido una novedad. El llamado del Presidente Hoffmann el día anterior, pidiéndole que lo acompañara en un trámite privado del que no le dio detalles, lo había sumido en una perplejidad que no terminaba de disiparse. No conocía personalmente al Presidente. Había recorrido, en sus años de estudiante, algunos de los casos que habían construido su fama y sentado jurisprudencia; lo sabía desde muchos años atrás encaramado en los más altos puestos del foro de Lausana, tratando desde su eminencia cuestiones espinosas que afectaban reservas indisponibles en países

emergentes o créditos multilaterales impagos del FMI o el Banco Mundial. No se imaginaba en qué asunto privado podía haberse involucrado, y mucho menos por qué requería la compañía de un joven abogado al que no conocía, pese a las buenas referencias que, según le dijo, había recibido de él. A partir de ahí, había esperado cualquier cosa... menos que se tratara de un mago. La conversación en el auto, durante el viaje de ida, le había dado un panorama, que se completó con la entrada en la casa y la visión de su dueño. Su mente ágil recorría los datos recogidos y los ordenaba. Su pregunta era el punto final de esa ordenación. ¿De verdad este truco que el Mago Tenor, *in extremis*, le legaba gratuitamente al Buda Eterno era el último que le quedaba?

El Presidente Hoffmann a su lado cabeceaba. Su perfil de vieja ave de presa se recortaba sobre el arbolado cambiante. Parecía haberse desinflado después de la entrevista, o haber perdido interés. No había dado muestras de haber oído la pregunta, pero volvió a la vida con un suspiro:

—Estoy seguro de que es el último, como estoy seguro de que va a morir muy pronto. Para decir la verdad, me había olvidado de él, y ayer cuando recibí su pedido de visita fue como si alguien volviera del pasado. Suponía que las ventas habían cesado, que ya se había vendido todo. Pasó mucho tiempo sin que diera señales de vida, y lo olvidé... Es paradójico, dada la índole pintoresca del material, pero es algo que se va pronto de la memoria, como un sueño.

—¿Cuántos de estos trucos vendió?

—Habrán sido en total unos diez o doce. Tendría que revisar mis archivos,... si es que puede llamarse archivo la caja de sombreros donde terminé guardando todos los papeles, las cartas, facturas, los dibujos....

—¿Dibujos?

—Cada vez que ponía en venta uno de sus trucos, lo acompañaba con una especie de folleto publicitario artesanal, con dibujos que mostraban cómo se veía el truco en el escenario. La explicación secreta, como le conté antes, iba en un sobre lacrado, que se le entregaba al comprador una vez que pagaba.

—¿Eran buenos?

—¿Los dibujos?

—No, los trucos.

—Yo no soy quién para juzgar. Nunca fui adepto a esa rama del espectáculo. Pero debían de serlo, porque ninguno quedó sin vender. —Hizo una pausa, y retomó donde había sido interrumpido—: Diez o doce, como digo. Mandaba uno cada cuatro o cinco años, a veces menos, o más, seguramente según sus necesidades de dinero. Ponía un precio sugerido, al que yo me atenía en las negociaciones con los interesados.

—¿Cuánto?

Le dio algunas cifras entre las que variaba el precio, todas manifiestamente altas. Jean Ball arqueó las cejas.

—Hay que tener en cuenta —dijo el viejo Presidente— que el truco pasaba a ser propiedad exclusiva del comprador (que se cuidaba de guardar el secreto), para el resto de su vida, o su carrera. Repito que no sé gran cosa de la profesión, pero supongo que era una buena inversión. Una vez jubilado, podía venderlo, como lo hacía Tenor.

—Hay algo poco racional en todo esto —dijo Jean Ball—. ¿No le habría convenido venderlos todos de entrada y hacer una inversión redituable? ¿No se lo sugirió usted?

—Lo hice. Pero él lo prefirió así, y yo como mero instrumento de su voluntad no tuve nada que decir. Respeto esa clase de decisiones, de las que he tenido abundantes ejemplos a lo largo de mi carrera. Se la llama peyorativamente «comerse el capital», metáfora bastante elocuente. Ni usted, mi joven amigo, ni yo actuaríamos así, con la amplísima diversidad de posibilidades de inversión que ofrece nuestro sistema financiero para conservar indemne el capital, y vivir de su renta. De hecho, hay una llamativa facilidad para hacerlo así, como si la intangibilidad del capital hubiera dejado de ser una cuestión psicológica para volverse sacralidad social. Por eso hay algo de heroico en quienes calculan *grosso modo* la fecha de su muerte (no es tan difícil), dividen el total disponible y lo agotan de ese modo.

—¿Cómo puede decir que no es tan difícil? Creía que era difícilísimo. Es más: creía que era lo único verdaderamente difícil, salvo para los suicidas.

—Le aseguro que es lo más fácil del mundo. Matemática elemental. Y por lo que vio hoy, nuestro cliente hizo bien el cálculo.

—Podría reponerse.... —Su tono indicaba que ni él lo creía.

—Se olía la muerte, en esa casa.

El hecho no admitía discusión. Con todo, el misterio de la muerte incorporaba otro misterio, que por el momento parecía imposible de aclarar. El Mago Tenor había ahorrado un último truco, no para venderlo sino para legarlo. Era algo especial. En la entrevista con los abogados no se había explicado, más allá de dar las instrucciones pertinentes y declarar con medias palabras que lo que dejaba era su mejor invención, la que más se acercaba a la magia de verdad. En ese punto había dicho, o habían creído oírle decir, algo intrigante: él nunca había puesto en escena ese truco, nunca lo había utilizado en sus actuaciones. ¿Por qué? No lo dijo. ¿Acaso era demasiado bueno para el público frívolo de los hoteles y casinos? Por lo visto, no quería que esa obra maestra suya fuera a parar a las manos mercenarias de un profesional. Por eso se lo legaba, gratuitamente y sin condiciones, al Buda Eterno. El secreto estaba contenido en un sobre lacrado, que ahora llevaba el Presidente Hoffmann en su portafolios. Y como no lo acompañaban dibujos ni texto visibles, no sabían qué era. Se limitarían a entregarlo a su destinatario.

Si había habido un cálculo, estuvo bien hecho, pues el Mago Tenor murió esa

misma tarde. Quizás no fue el triunfo de una predicción sino simplemente que algo en los restos de su fuerza vital persistió hasta ver formulada su última voluntad, y entonces se entregó a una muerte postergada ya en exceso. Fue un momento, un instante, un punto en el tiempo. Algo imperceptible. Un pájaro levantaba vuelo, una brizna de hierba se inclinaba, en el cielo pálido se ocultaba una estrella, unas piedritas se entrechocaban con repiqueteo seco, una rama se balanceaba, una gota caía.... Cuántas pequeñas cosas sucedían en los círculos concéntricos que rodeaban un punto; era lo habitual, esa tarde no era distinta de otras. Colores, olores, temperaturas, y las intenciones que dirigían la acción de cada partícula, todo estaba en movimiento, en modestas reverencias y cambios dentro del gran diamante del aire. Una nube cambiaba de forma, una mancha de óxido crecía en el fuste de una reja, una semilla se hundía en la tierra. Los hechos podían ser menos discretos: un gato fugitivo atacaba a una paloma con un chillido escalofriante, el salto desgarraba una pantalla de hojas secas que los otoños habían trenzado pacientemente a lo largo de varios turnos sucesivos, el aleteo de la paloma creaba una conmoción.

La luz tomaba los colores de la lejana puesta del sol, empezaba a filtrarse por entre los huecos rayados del follaje y tomaba una consistencia más densa, que la hacía caer. Cuando tocaba la tierra se oscurecía y volvía a elevarse. Por los pasajes blandos de la hierba se colaban escarabajos lentísimos, adelantados de la noche. El cielo se ponía el chaleco de seda rosa.

Todo lo cual habría podido verlo un improbable testigo de esas soledades. Pero no habría visto en cambio la muerte del mago. La muerte había pasado (o estaba pasando) en un lugar del tiempo que no tenía duración alguna. Era el instante, el conato, en el que no cabía el presente. Más rápida que el ojo. Ya había sucedido, o quizás no. Pero unos segundos después, sí. Era definitivo: el Mago Tenor había muerto. El gran espectáculo del día, que contenía tantas cosas y tantos hechos y los ponía en un orden de magnífica simultaneidad, ocultaba (como la estrella se había ocultado en la momentánea lividez del cielo) el instante definitivo. Escondida en un rincón verde, una Venus de mármol dejaba correr el tiempo sobre sus bellas formas olvidadas. Ella también guardaba el secreto del instante que pasó inadvertido. Una flor, reliquia de los parterres de otrora, en su abrigo de helechos silvestres, abría su corola triangular, con remilgos de doncella temerosa de la luz. La abría con antigüedades de especie, sin prisa, como lo haría una piedra, si una piedra pudiera temblar. Y aun así, ella tampoco conocía el instante.

El instante de la muerte era invisible, intangible. La muerte misma era así, escondida en el instante. Era como el pago con tarjeta de crédito: todos podían ver los trámites anteriores y posteriores, el papeleo, la firma, el parpadeo del lector digital, el rumor de la impresión del *ticket*... Pero nadie podía ver el instante real en el que se hacía efectivo el pago, los circuitos misteriosos que operaban por dentro de sí mismos. El comprador siempre se quedaba con la secreta esperanza, tantas veces desmentida, de que toda esa manipulación con la tarjeta fuera una jactanciosa

simulación tecnológica, y que no le cobraran nada. Pero era infalible. El instante había tenido lugar.

Capítulo II

Semanas después, en un valle de la precordillera del Punjab, el Buda Eterno recibía, de labios de Jean Ball, la noticia del legado, y de sus manos el sobre lacrado que contenía el manual de uso de su inesperada herencia. La perplejidad que embargó al pequeño ser fue profunda y duradera. Lo habría sido de todos modos, pero justo en ese momento salía de un problema doméstico que lo había perturbado a fondo. Y en realidad aún no había salido, por lo que no estaba en condiciones de afrontar sin preparación previa una novedad que no entendía. Llevaba varias noches sin dormir bien, estaba ojeroso, demacrado, nervioso. Cruel ironía, en quien había dedicado todo su esfuerzo y estudio a la creación de una calma interior perfecta. Creía haberla logrado, y no se equivocaba, pero los hechos recientes le habían mostrado que, perfecta y todo, la calma interior era frágil como una esfera del más fino cristal. La perfección no se ponía en entredicho, pero su fragilidad tampoco. No se necesitaba mucho para quebrarla. En este caso no se había necesitado casi nada, apenas un trastorno menor, que alguien con una calma menos perfecta pero más flexible habría descartado con una sonrisa. Empezaba a pensar que le convendría hacer algunos ajustes en su maquinaria psíquica. Pero eso tendría que esperar; antes debía recuperar la tranquilidad suficiente para retomar sus ejercicios.

La causante del problema había sido su ama de llaves. ¿O había sido él? Alguien le había dicho una vez que no era de sabios externalizar las culpas. Era preciso reconocer que se trataba de un accidente menor: la señora Gohu se había olvidado de encender el aire acondicionado. No era gran cosa. Sólo se trataba de bajar la pequeña palanca roja en la central de mandos que había en la cocina (salvo que a una altura y en una ubicación que la volvía inaccesible para el Buda Eterno dada su estatura). Ella lo hacía todos los días a horas fijas, y nunca había habido motivos de queja, por ese motivo al menos. Bien podía perdonársele un olvido o distracción casual (aunque no se trató de olvido ni distracción), y su patrón lo habría hecho de buena gana; en realidad había perdonado, automáticamente, porque era parte de su personalidad. La molestia invencible que lo había invadido a punto de quebrar su equilibrio no obedecía tanto al hecho en sí como a dos circunstancias conexas. Por un lado, la turbadora justificación que había dado la señora Gohu para su falta; por otro, la consecuencia que tuvo ésta.

La consecuencia fue un inconveniente que, si bien previsible y fácil de solucionar, no dejaba de ser mortificante. El aire acondicionado en la casa del Buda Eterno regulaba la temperatura no sólo para el bienestar de los ocupantes, sino que también abría y cerraba todas las puertas y ventanas con las diferencias mínimas de calor y frío que provocaba. Éstas no tenían picaportes ni cerraduras de ningún tipo: el Buda Eterno, por sus convicciones, no los habría aceptado —además de que por su tamaño habría tenido dificultades insuperables para operarlos—. Pero como, por otra parte, era necesario, en el vecindario peligroso donde se hallaba, para no aumentar a niveles

exorbitantes la prima del seguro, prever algún tipo de seguridad que protegiera los tesoros de la casa, se habían instalado estas aberturas hechas con una piedra sumamente sensible a la temperatura, que reaccionaban con un mínimo cambio. De ahí que el olvido de la señora Gohu hubiera dejado encerrado al pequeño ser, para cuya extrema movilidad un momento de encierro equivalía emocionalmente a horas o días de un hombre común.

La diferencia de apenas una décima de grado hacía que puertas y ventanas de piedra se dilataran ese milímetro necesario para sellarse contra sus respectivos marcos, sin mostrar siquiera la línea de separación. La piedra provenía de las fábulas tradicionales; se dilataba y contraía en las montañas según las horas del día y la noche, cerrando cavernas o abriendo desfiladeros, protagonizando toda clase de leyendas, producto del ingenio popular o el estro de los poetas. Llevarla al Punjab para ser laminada y cortada en forma de puertas y ventanas había sido muy costoso. Tanto que el Buda Eterno había debido pedir créditos a bancos chinos, que fueron otorgados sólo después de que presentara avales de instituciones religiosas de diversos países. El trámite, si bien engorroso y hasta cierto punto humillante para alguien de su condición, tuvo un efecto feliz, no buscado, cual fue el de extender su fama fuera del estrecho círculo en el que se había movido hasta entonces. Fue la única y paradójica vez en que la burocracia de una institución crediticia le dio a conocer al mundo la existencia de un personaje de acentuadas características místicas.

A veces se preguntaba si podía legítimamente reclamar para sí todo ese misticismo. La rabieta que le produjo la encerrona era demasiado humana. No había sido la primera, ni siquiera la primera de la semana. La dificultad para controlar los nervios le pesaba como una tarea a resolver desde hacía años, y aunque creía tener los elementos para hacerlo, no lo hacía. Quizás, aun sin saberlo él mismo, tenía una buena razón para seguir postergándolo. Una serenidad sólida, imperturbable, lo deshumanizaría. En realidad lo humano en él era apenas una representación. Como a tantos seres nacidos de los sueños de la teología, lo acechaba el peligro de la estilización. Darse realismo, así fuera el umbral de realismo con el que hacer efectivas sus acciones, implicaba asumir ciertas imperfecciones. Hasta ahí, un razonamiento justificativo impecable. El problema era que una imperfección cualquiera, por casual y modesta que fuera, tendía a expandirse por la personalidad como una mancha de aceite. Entonces el realismo se consumaba, directamente se hacía realidad. Y el realismo, en los pródromos de la divinidad, era un semillero de paradojas, contradicciones y topologías irracionales, que lo sacaban de sus casillas, poniendo en marcha una vez más el círculo vicioso.

Un caso de manual de lo anterior fue, precisamente, la «turbadora justificación» de la señora Gohu explicando su falta. Su discurso tomó la forma de un relato, que se remontó a muchos años atrás, a la primera juventud del ama de llaves, cuando ejercía de aprendiz de mucama personal de la señora Mrobat.

La historia empezaba con las cortesanas habituales de los ricos y ociosos. El Maharajá de Pamir el-Ahjran había dado alojamiento en su palacio a la señora Mrobot, que viajaba con su marido inválido y una comitiva de domésticos. El viaje, desde Bombay, había sido emprendido como excursión de caza en los valles del Punjab interior, con la intención de alojarse en el pabellón que los antepasados Mrobot habían hecho construir en la falda del Pamir. Pero al llegar comprobaron con el imaginable desaliento que el pabellón estaba en un estado deplorable, descuidado por empleados irresponsables e infieles, ganado por una naturaleza voraz. Las serpientes dormían en los sillones, los murciélagos colgaban de las arañas, tapires y ciervos hacían rondas en los pisos de mármol de los salones, y los agujeros de las alfombras dejaban escapar ríos negros de hormigas y escorpiones. Enterado el vecino Maharajá del predicamento de la prominente dama de sociedad, a la que conocía por las fotos en las revistas ilustradas, no vaciló en ofrecer su hospitalidad. Lo hizo en persona, llevando consigo una flota de automóviles en los que propuso trasladar a sus huéspedes. No vaciló, en una exhibición de cortesía, en hacer desarmar parte del asiento trasero de su Rolls para ubicar la silla de ruedas del claudicante Príncipe Mrobot.

Durante el mes que se tomó el personal local contratado para restaurar y limpiar el pabellón fueron atendidos con espléndidas larguezas por el Maharajá, que los alojó no exactamente en su palacio sino en tiendas levantadas en el parque de la propiedad. El recuerdo de la señora Gohu, entonces joven sirvienta de la señora Mrobot, era confuso al respecto. El palacio, al que ni ella ni ninguno de los viajeros entraron en ningún momento, era pequeño, delgado, una filigrana de alabastros calados que atravesaban trémulos rayos de luna. El tamaño exiguo explicaba que hubiera sido necesario ubicar a los invitados en tiendas externas, que por lo demás eran lujosas y dotadas de todas las comodidades. Pero quedaba sin explicar por qué un soberano de la solvencia de el-Ahjran se había hecho una morada tan poco viable. Tan poco viable que podía dudarse de que fuera realmente una morada. Aunque no quedó claro, daba la impresión de que el Maharajá y su familia dormían en tiendas ubicadas en un sector del parque alejado del que ocupaban las de los huéspedes. En cuanto a la servidumbre, que era numerosa, parecía ser toda externa, y venía cada mañana de pueblos cercanos, a juzgar por las bicicletas, que dejaban tiradas en cualquier parte. El palacio tenía algo de *trompe-l'oeil*, con sus arcos en fuga, sus columnas delgadas haciendo perspectivas en diagonales convergentes, velos de piedra tan tallada que tomaba una cualidad aérea; lo que más que nada lo hacía irreal era el blanco fosforescente de su material sobre el fondo negro del cielo, la montaña y la selva.

Toda la estada transcurrió de noche, por un curioso fenómeno que la señora Gohu nunca pudo decidir a qué se debía, si a los horarios, a los frecuentes eclipses o a una falla de su memoria. Luces tenues titilando entre arbustos, faroles colgados en rumbos que no seguían ningún itinerario e infaliblemente se extinguían, veladas que

se prolongaban aun dentro del sueño, y la presencia discontinua de la luna. El Maharajá aparecía a la medianoche, en sus impecables trajes blancos y el turbante desproporcionado. Invitaba a la señora Mrobat a recorrer el parque, y montaban en el carrito de golf que él conducía. La señora, seguramente temiendo algo, insistía en que los acompañara su asistente Gohu, y la joven no tenía más remedio que subir al estrecho asiento trasero del vehículo, contra su voluntad y muerta de miedo. La orden era súbita, el motor eléctrico del carrito comenzaba a zumbiar de impaciencia, ya se ponía en movimiento, la mirada imperiosa de su patrona no daba lugar a réplica.... Debía subir como estaba, en camisón, descalza, semidesnuda. La señora Mrobat, en su elegante traje de safari, o su vestido de fiesta, cargada de joyas, nunca dejaba de estar a tono con el atildado dueño de casa; iban charlando volublemente, contándose anécdotas del gran mundo; y atrás, muerta de vergüenza, la joven Gohu tapándose los senos con los brazos, doblándose en una posición incómoda para mantener lo más bajo posible el ruedo del camisón, cuando lo traía puesto. Se consolaba pensando que la oscuridad, apenas puntuada por las estrellas, la envolvía, y que no se cruzaban con un alma. El parque perdía toda su forma y estilo no bien salían. Era como si estuvieran en la selva más tenebrosa. Los monos chillaban a más y mejor en las ramas sobre sus cabezas. No era raro que el único faro del carrito encendiera frente a ellos el triángulo proceloso de una cobra, o los ojos de un tigre, siempre sospechosamente inofensivos. Todo lo cual desaparecía pronto, antes de dar tiempo a temer por ataques o por estar perdidos, para dar lugar a inconfesadas maniobras de hipnotismo. Esos buenos modales coloniales disimulaban algo siniestro latente, que crecía poco a poco dentro de la señora Gohu.

La historia era confusa, incompleta. Había episodios que la señora Gohu no quería contar, los que tocaban a su intimidad; pero eran los que más consecuencias tenían, de modo que el hilo del relato se cortaba, y cada fragmento parecía referirse a hechos distintos e inconexos. El pudor, hasta cierto punto, justificaba estos blancos y saltos, pero no tanto cuando lo que había sucedido databa de muchísimos años atrás, cuando ella era casi una niña. Ahí estaba, empero, la razón principal de la confusión: era una cronología pervertida por haberse vuelto el tema mismo de la narración. El Maharajá de Pamir había seguido ejerciendo sobre ella una presión persecutoria derivada del inicio, reactivada con cada hecho de su vida.

La firma Brain Force, que administraba los asuntos del Buda Eterno, le había impuesto el ama de llaves, de la que en realidad no tenía quejas, salvo muy ocasionales. Brain Force había sido la primera compañía de servicios de Bombay en globalizar sistemáticamente sus productos; la había fundado el príncipe Mrobat poco antes de que una grave enfermedad lo dejara inválido, obligándolo a cesar en la práctica de los deportes y concentrarse de modo fanático en la expansión de su empresa. Esta expansión no dejaba nada afuera, ni siquiera los pensamientos más secretos del ama de llaves.

El Buda Eterno, eternamente distraído en sus contemplaciones e iluminaciones, se

quedó con todos los elementos de esta historia mezclados en la cabeza. Podía seguir el hilo de la narración, pero como un panorama visto desde lo alto. Lo que no entendía era qué podía tener que ver una historia llena de personajes, y que se desarrollaba a lo largo de toda la vida de estos personajes mediante encadenamientos y sutiles entrecruzamientos de causas y efectos, con el instante discreto, brevísimo por definición (ya que era un «clic») en el que se encendía el aire acondicionado.

Bien podía ser que persistiera, a despecho de su escepticismo, la sombra de un hechizo, porque la casa se levantaba en un terreno donde antes había estado el parque del Maharajá, en uno de los tantos puntos por los que había pasado el mítico carrito de golf en sus recorridas nocturnas. No un hechizo de índole sobrenatural, claro está, sino alguna clase de influencia debida al magnetismo terrestre. La misma influencia que volvía indispensable a la señora Gohu. Las propiedades del Maharajá de Pamir habían sido expropiadas por las autoridades, se las había utilizado para construir viviendas sociales. Los monoblocs, hechos con materiales baratos, y ocupados por montañeses que desconocían las reglas de la vida civilizada, no tardaron en degradarse a pocilgas promiscuas y nidos de delincuentes. En los espacios entre uno y otro se había planeado parquear, pero pudo más la codicia de los agentes inmobiliarios y terminaron loteándose. La mayoría de los compradores fueron empleados del polo industrial de Higimud, que hicieron casas en lo que se transformó en una pequeña ciudad dormitorio. Pero el anillo ominoso de los monoblocs que lo rodeaba y las frecuentes incursiones delictivas de sus ocupantes a ese enclave de clase media tan imprudentemente construido en medio hicieron que muchos emigraran. Las casas se pusieron en venta, y como nadie quería comprarlas los precios siguieron bajando. Eso hizo posible que el Buda Eterno, que jamás se habría creído en condiciones de ser propietario de un inmueble, llegó a tenerlo. De otro modo habría seguido durmiendo bajo las higueras.

Pero a las ventajas de tener un techo se le sumaban los innumerables inconvenientes del sedentarismo propietario. A falta de experiencia previa, tuvo que resolverlos a su manera. No podía pensar en muebles convencionales, por el tamaño y por su presupuesto, de modo que debió adaptar cajas, estuches, objetos varios encontrados en las inmediaciones. Claro que él se arreglaba con poco, pero aun así tenía necesidades que no podía ignorar, y que al ser diferentes de las del resto de la humanidad debían recibir soluciones *sui generis*. No tenía dotes especiales de ingeniero o *bricoleur*, pero sí disponía de una eternidad de tiempo para darle vueltas a un problema constructivo hasta resolverlo; no tenía inconvenientes en seguir esperando cuanto fuera preciso la idea salvadora; y los perfeccionamientos que mejoraran el rendimiento de un aparato el tiempo extenso se os servía en bandeja. La gente común debía ir a las tiendas a comprar las cosas porque sus vidas eran limitadas, y si esperaban a hacer las cosas se morían sin tenerlas; pero anulando ese

límite, el hágallo-usted-mismo se hacía solo.

Para no dar más que un ejemplo, usó una rueda de carrito de supermercado para planchar la ropa. Al eje de la rueda le insertó dos patillas de antejo, una de cada lado, y a cada patilla le puso como estribo un vaso descartable pegado con cemento de contacto. La superficie de la llanta la bañó en platino líquido, que dejó solidificar pinchado con mondadientes. Al quitarlos quedaron unos agujeritos por los que escapaba el calor generado por la fricción del émbolo central. Para planchar metía los pies en los vasos, comenzaba a pedalear vigorosamente y partía, manteniendo el equilibrio gracias a la velocidad, sobre sábanas o túnicas que para él eran pistas de carrera. El calentamiento del platino le marcaba el límite de velocidad: cuando empezaba a sentir olor a quemado de la tela, dejaba de acelerar. Con este sistema su ropa estaba siempre bien planchada, y de paso hacía ejercicio, necesario en un contemplativo como él.

El esqueleto de un paraguas, con la punta insertada en el corazón de un gran rubí giratorio, en un tambor con doce mangueras y un volante de auto, le servía de lavarropas. El té se lo hacía en una especie de samovar flácido pergeñado a partir de un limpiador de pipas y un neumático de bicicleta. En su persona tenía invertidos los polos de lo duro y lo blando; como gorro de dormir usaba una brújula. Colaba el arroz con un pomo de celuloide y un palito de oro. Para acercar y alejar objetos empleaba metros reversibles, que colgaban del techo.

Estas invenciones, que no le servían más que a él, no tenían cualidades que pudieran provocar la codicia de los ladrones, muy activos en la zona. Pero la posición que el Buda Eterno ocupaba en el cosmos le daba acceso a materiales raros y preciosos, que él combinaba indiscriminadamente con desechos encontrados en la calle para fabricar sus aparatos utilitarios. Oro, diamantes, perlas alternaban con restos de lámparas rotas o cáscaras secas de sandía. De algún modo la información se filtró, y aparecieron merodeadores. Para impedirles la entrada debió recurrir al expediente de las puertas de piedra termosensible, y, como ya se dijo, esto lo obligó a pedir un crédito, para obtener el cual tuvo que recabar avales de instituciones religiosas de todo el mundo. Como también se dijo, el trámite tuvo como consecuencia marginal hacerlo conocer internacionalmente. Alertada en ese momento, la firma Brain Force, de Bombay, envió representantes al valle del Punjab para ofrecerle hacerse cargo de la administración de su figura y enseñanzas, derechos de autor y todo lo demás. Al Buda Eterno le daba lo mismo, pero como los vio tan ansiosos e interesados firmó el contrato. No tuvo que arrepentirse porque no le causaron problemas, y en algún aspecto le simplificaron la vida, principalmente al ponerle a la señora Gohu como ama de llaves.

Esta última maniobra obedecía a una razón bastante precisa. Poco después de haberse firmado el contrato con el Buda Eterno, los ejecutivos de Brain Force empezaron a plantearse dudas sobre el potencial comercial efectivo que podía tener la nueva adquisición. Y como las mismas dudas habían surgido respecto de la señora

Gohu, cuyos derechos de representación habían obtenido poco tiempo atrás, a alguien se le ocurrió unirlos, para ver si juntos se potenciaban. De paso solucionaban un problema más concreto, que era el de ubicar en algún lado a la señora. Ella había adquirido estatus mítico por su historia, y éste fue el motivo de que la firma se hiciera cargo, pero no tenía nada más.

El hecho casual de que el Buda Eterno, después de tantos años de trashumancia, se hubiera afincado precisamente en el sitio donde había sucedido la historia a la que la señora Gohu le debía su fama, les pareció cargado de posibilidades. En los hechos, esas posibilidades no se dieron, o lo hicieron con una discreción que habría estado acorde con su misterio pero era muy poco favorable al espectáculo y su explotación comercial.

Quizás lo que pasó fue que las dos historias anularon lo que tenía de maravilloso la otra. Era un hecho bien comprobado que la convivencia cotidiana mataba el misterio. Las simples operaciones horarias, de la mañana a la noche, los mantenían ocupados. Las compras, la limpieza, la comida, algún arreglo (de los que la casita de mala calidad estaba permanentemente necesitada) establecían una rutina uniforme. Se dividían las tareas, en general con buena voluntad, aunque a veces con algún reproche. Las discusiones, que las había, no llegaban a mayores. Ninguno de los dos era fanático de la limpieza o el orden, y si se hacía necesaria una intervención energética (por ejemplo cambiarle el cuerito a una canilla que goteaba), la postergación ganaba la partida. En ese punto, tan sensible, el Buda Eterno sentía un asomo de culpa. El feo defecto de la postergación, él lo sabía bien, medraba con un recurso que era el de tomarse un día de descanso y empezar la tarea el siguiente. «Pasado mañana lo hago. Mañana, descanso». La inutilidad del recurso era patente; ¿por qué se lo seguía usando entonces? Creía que era por influencia suya; él lo usaba porque podía prolongar indefinidamente ese día intermedio, el de descanso, y entonces la acción no llegaba nunca. Para el resto de los hombres no era así: los días se sucedían sin falta, no había detenciones. De modo que proponerse esos intervalos de inacción equivalía a agujerear inútilmente el tiempo. La culpa quedaba un tanto aplacada por la convicción de que era poco conocido, de modo que eran pocos los que seguían su ejemplo o sufrían su influencia.

Vivían de los royalties del *merchandising* que vendía Brain Force; la señora Gohu era la que manejaba las modestas sumas que llegaban irregularmente al banco de la vecindad donde tenían una cuenta conjunta. El jardincito del frente de la casa estaba muy abandonado: unas pocas plantas moribundas heredadas de los dueños anteriores, un enano de cemento semienterrado, canteros con puro polvo, un arbolito que se había torcido buscando luz solar, eso era todo. Siempre estaban haciendo planes de desmalezar, sembrar crisantemos y violetas, una enredadera sobre la medianera de la veterinaria de al lado, y hasta poner una mesita metálica y dos sillas para tomar el té. ... Ya lanzados a fantasear, a la mesita y las sillas las complementaban con un toldo a rayas, para poder aprovechar los días de lluvia. De más está decir que todo quedaba

en palabras. Los días de lluvia se quedaban adentro, él pedaleando como un poseído, ida y vuelta sobre la tabla de planchar, ella remendando medias y escuchando la radio. Nada podía ser menos místico y sobrenatural que ese programa doméstico que se cerraba sobre sí mismo. Y se cerraba con buenos motivos, porque la delincuencia se hacía más y más habitual en esa área del Punjab, y escalaba peligrosamente hacia la criminalidad salvaje. Una modernidad mal digerida, un capitalismo desprovisto de escrúpulos sociales y humanos, la desocupación, el proxenetismo se conjugaban para crear un estado de miseria y abandono al que las grandes ciudades y los poderes centrales cerraban los ojos. Los esfuerzos de los sucesivos gobiernos provinciales por encontrar soluciones eran ineficaces por espasmódicos, y más todavía por falta de presupuesto para dar opciones de largo alcance. En esas condiciones resultaban contraproducentes: más habría valido dejar las cosas como estaban. Fue el caso de los monoblocs, que a raíz de un reportaje televisado fueron de pronto el escándalo del país, al hacerse visible el estado de deficiencia sanitaria en que vivían varios miles de familias; esos enormes edificios pensados para dar vivienda digna a los desposeídos, esas «máquinas de habitar» según la fórmula de Le Corbusier, bajo cuya influencia se habían levantado, se habían vuelto trampas letales. La presión de la opinión pública obligó a las autoridades locales a desalojarlos por la fuerza y dinamitarlos. En ese punto cesó la iniciativa. Los desalojados levantaron casas precarias de chapa y cartón, ocupando diez veces más terreno. Y muchos no hicieron siquiera eso sino que se instalaron, con sus perros y cabras, en las grutas abiertas por los cráteres de las explosiones y la dispersión del material. Una central nuclear que se levantó a orillas del río no contribuyó a hacer más acogedor el valle. Ni cambió sus condiciones el hotel cinco estrellas construido para albergar al turismo de alta gama que acudía a conocer el palacio del Maharajá de Pamir, fastuosa filigrana de las elites de antaño.

Las calles estaban impracticables por los autos robados y abandonados, carcasas a las que se les había quitado todo lo vendible, por los perros vagabundos, las ratas y los vendedores de bangh. Y sin embargo, seguía siendo una tierra de dioses. Genuinos o falsos, seguían surgiendo del suelo fértil de la credulidad popular, y en el desarrollo de sus historias todos se hacían verdaderos, hasta los nacidos de la facundia de un charlatán de feria o de las ensoñaciones ociosas de un poeta. No podía extrañar que una empresa como Brain Force, comercializando las variopintas teofanías del subcontinente, ya estuviera cotizando en Wall Street. Tanto había crecido el volumen de su facturación que podían olvidarse durante meses y años del Buda Eterno y la señora Gohu, que no eran más que una gota de agua en el océano de sus negocios. Ellos no pedían otra cosa. Se sentían más que satisfechos con que los dejaran en paz. Debían de sospechar que con ellos no se podía hacer gran cosa. La reunión de sus dos unidades fantásticas, que no habían buscado, establecía una entente muy particular. Eran una eternidad y una historia: como opuestos, se complementaban. Las explosiones de la dinamitación de los monoblocs producían una vibración en la casita, y el Buda Eterno saltaba hasta el techo y caía de cabeza al

otro extremo del cuarto, provocando la risa de la señora Gohu, que situada en un tiempo sucesivo recordaba que esas explosiones se habían producido años atrás. El contraste entre él y ella era una especie de gag permanente, y discontinuo a la vez.

Capítulo III

Si bien la exposición circunstanciada de estos antecedentes pudo haber puesto a prueba la paciencia del lector, desviando además su atención de la cuestión central, era necesaria hacerla para entender las reacciones que generó el testamento del Mago Tenor. El portador, como ya se manifestó, fue el mismo Jean Ball que conocimos en la funesta ocasión del deceso. Su presencia allí, como entendió poco después, no había tenido otra razón de ser que hacerle conocer al personaje y su predicamento, de modo que supiera a qué atenerse cuando se le confiara la misión consiguiente. Hacer llegar un sobre a otro mundo por los canales convencionales no habría sido tan difícil. Sin contar con el ya de por sí confiable correo normal, Suiza disponía de un sistema de *couriers* privados de ejemplar eficacia. Pero el Presidente Hoffmann había preferido que fuera un enviado personal el que lo llevara, pues había que investigar *in situ* la dirección del destinatario, y la entrega debía certificarse. La tarea, le explicó a Jean Ball, podría haberla llevado a cabo alguno de los muchos funcionarios que tenía a sus órdenes en Lausana. Pero este curioso asunto no entraba en la órbita de las atribuciones del foro; y dejó entrever que había recurrido a un abogado de Berna para mantener lejos del conocimiento de su ambiente inmediato su involucramiento con un viejo mago y su caprichosa última voluntad. Jean Ball podía entender estos escrúpulos del pudor y el prestigio, y aceptó la explicación como, al mismo tiempo, aceptó la misión.

Para Jean Ball era una oferta difícil de rechazar. Nunca había viajado; comprometido con su profesión, en la que se había destacado y logrado tempranos progresos, la idea del viaje no había rozado siquiera su espíritu. Pero, como descubría en la ocasión, debía de haber estado latente, porque de pronto estallaba en él con fuerza irresistible. Y se teñía, además, con un fulgor casi irreal por el hecho de que el destino fuera la India. El misterioso país de los dioses había llenado su infancia, como la de todos los niños suizos, de exóticos sueños de aventura y romance.

Era un soñador, seguía siéndolo, así como seguía siendo joven por dentro y por fuera, aunque por su edad ya no lo fuera tanto. Conservaba algo de adolescente, en su timidez, su introspección, la distancia que ponía entre los hechos y la percepción que hacía de ellos, siempre mediada por un vago temor. Habría sido un buen poeta, y alguien habría podido decir que había errado su carrera, al encaminarla a las leyes. Pero esa misma inadecuación lo favorecía. Como muchos soñadores, cuando llegaba el momento de actuar lo hacía con la más exacerbada racionalidad y prudencia, por un respeto supersticioso a lo real. Cuando después de una de sus exitosas prestaciones legales se retiraba a su fuero íntimo, la fantasía volvía a derramar sus dones sobre él. Esta dialéctica hizo que tomara el viaje a la India como un premio merecido, como un crucero de placer, como un relato fantástico.

El barco que lo depositó en Bombay, el *Angus*, en su última travesía antes de ir al desarmadero, se tomó veinticuatro días para llegar. Habría sido uno menos si no

hubieran hecho una parada fuera de programa el día antes del arribo. No lamentó esta demora de último momento, dado que fue lo más interesante del viaje, por lo demás monótono y sin incidentes dignos de nota. No se aburría, sin embargo, gracias al flirteo intensivo con una joven india que volvía a Bombay. La travesía, en un mar sin límites, hacía que todo pareciera posible, hasta el amor. Había una constante representación de fenómenos atmosféricos; a las lluvias monótonas del Ecuador le siguieron otros climas, que parecían improvisados. Las corrientes marinas curvaban los meridianos, y las geometrías del horizonte se poblaban de continentes. El barco se balanceaba sobre superficies profundas. La tripulación se hacía visible sólo por la mañana, después desaparecía y los pasajeros dormían la siesta de pie, mientras los polos magnéticos giraban lentamente.

Palmyra era una típica belleza indostánica, de grandes ojos negros, escasa estatura y formas acentuadas, suave como la seda en palabras y modales, y fuertes perfumes especiados. También viajaba sola, por lo que el acercamiento se dio con naturalidad. Ella estaba sedienta de compañía y conversación, y no tenía compromisos. Sin necesidad de que se lo preguntara, le dijo que había tenido mala suerte con los hombres; él pensó que era demasiado joven para que eso significara nada serio. También pensó que los hombres no habían tenido mala suerte con ella. Además de hermosa era inteligente, culta, hablaba con fluidez varias lenguas, y su liberalidad sexual tenía vetas orientales que la hacían irresistible. Estudiaba Relaciones Internacionales en la Sorbona y se tomaba un semestre de vacaciones en su casa; aclaraba que serían «vacaciones laboriosas», porque dedicaría esos meses a redactar su tesis. En una ocasión le mostró a Jean Ball la voluminosa carpeta negra donde había acopiado la documentación para el trabajo, pero él, distraído por la cercanía de ese cuerpo voluptuoso en la estrechez del camarote, mareado por el deseo, no prestó mucha atención.

Las noches del Índico lo asaltaron como una fiebre benigna. El cielo se poblaba de constelaciones desconocidas, el mar se iluminaba por dentro con fosforescencias oscuras, y la estela del barco, cuando sus paseos nocturnos por cubierta con la bella Palmyra los llevaban al castillo de popa, dibujaba retorcidas curvas blancas en el negro, incongruentes con la línea recta que se suponía que cursaba el barco. Fue en uno de estos momentos románticos cuando mencionó al Buda Eterno. Antes se había limitado a decirle que viajaba por negocios legales. Le sorprendió que ella supiera de quién se trataba, pero se dio cuenta de inmediato de que no había de qué sorprenderse. El personaje era un ícono de la religiosidad popular en la India. En efecto, la joven había crecido acompañada afectivamente por ésta y otras figuras semejantes, como los niños occidentales lo hacen con héroes de cómics y dibujos animados (y Palmyra, imbuida del creciente laicismo de las clases acomodadas del país, no veía gran diferencia entre uno y otro régimen de ficción). Llevaba entre los dijes de sus pulseras una diminuta medalla de oro con la imagen labrada del Buda Eterno. Se la mostró a su compañero de viaje, sin sacarse la pulsera de la muñeca,

alzando la mano hacia los ojos de él. A la luz de la luna, Jean Ball tuvo su primera visión del pequeño ser al que había venido a traerle un regalo que seguramente no esperaba.

La demora de último momento se debió a un pedido de los príncipes del Gujarat, que venían a bordo aunque ninguno de los demás pasajeros lo supiera o lo sospechara tan siquiera. Hacía dos días que habían avistado los perfiles de la India, y subían hacia Bombay cabalgando las mareas altas de la costa. Bajo un cielo brillante como un espejo, la cinta interminable de playas, montañas, selvas, ciudades se desplegaba al paso del barco. El anuncio se hizo durante la cena, que la reducida comunidad de la primera clase compartía con el Capitán Fitzwater, angloindio que afectaba los modales untuosos de la secta Ananda, tenía una prolongada experiencia en la navegación costera del occidente subcontinental, conocía una a una todas las peligrosas fosas succionantes que minaban el perímetro, y en las veladas del viaje los había entretenido con sus historias. Reveló la presencia velada de los príncipes a bordo, y el pedido que le habían hecho de detenerse para practicar sus devociones en las grutas de Ohl, que quedaban de paso. Había accedido, dijo, y los invitaba a compartir la breve excursión, que tenía los atractivos conjuntos de lo pintoresco y lo sagrado. Jean Ball notó que Palmyra, al otro lado de la mesa, había quedado en silencio y con un casi imperceptible rictus de disgusto. Sin adivinar los motivos de este cambio de humor, le preguntó al capitán por las grutas, y supo que la historia de estas formaciones naturales se remontaba a las remotas antigüedades del país, era una historia de ciencia y arte, y despertó en sus oyentes el deseo imperioso de conocerlas; nadie rechazó la invitación, y se retiraron temprano para madrugar según el programa.

Más tarde, a solas, Palmyra le aclaró a su amigo el motivo del malestar que había dejado traslucir en la mesa. Se trataba de la invencible antipatía, cercana a la repulsión, que le producían los príncipes de Gujarat. De haber sabido que venían en el barco habría tomado el siguiente; agradecía haberse enterado al final de la travesía, sin lo cual la habría pasado encerrada en su camarote para no verlos. Era lo que habían hecho ellos, seguramente conscientes del rechazo que provocaban. Sospechaba que la compañía naviera pertenecía a la familia real de Gujarat, lo que explicaría que el Capitán aceptara demorar un día la llegada a puerto para satisfacer el capricho de los príncipes. En el curso de la conversación Jean Ball comprendió que la animadversión de la joven no respondía a causas políticas o históricas, sino al puro resentimiento social. Lo impresionó de mala manera, como un rasgo de carácter un tanto mezquino e inferior, que no habría esperado de ella. Sobre todo porque no tenía motivos. Pertenecía a una familia adinerada, estudiaba en París, era joven, hermosa, ¿por qué iba a sentir ese odio visceral por los ricos y poderosos (porque había dejado bien claro que su disgusto no apuntaba personalmente a los príncipes sino a lo que ellos representaban socialmente)? Más motivos habría tenido él, que había debido alzarse de la nada. Su abuelo, famoso escritor, había dejado a la familia en la pobreza

después de liquidar todas sus propiedades para financiar, primero, una vida de bohemia y escándalos, y después una de misticismos a la violeta. Y no les había dejado siquiera la posibilidad de cobrar derechos de autor póstumos, porque en un gesto de provocación que conjugaba sus comienzos en el movimiento Dadá y su final en la beatería religiosa, se los había legado al Vaticano. Su padre, por ser hijo de dadaísta vuelto santón, no había tenido una educación adecuada y había terminado de lavar platos. Él había hecho su carrera con sacrificios, y había visto cómo se le adelantaban condiscípulos menos dotados pero auxiliados por el dinero o las conexiones de la familia. Había contemplado esas injusticias con indiferencia, como si no lo afectaran. Y realmente no lo afectaron a la larga: logró todo lo que se proponía, quizás porque esa indiferencia representaba una economía psíquica que allanaba el pleno despliegue de sus dones. El único privilegio que podía reclamar era el de la inteligencia. Pero ahí también había notado que Palmyra no tenía nada que lamentar: su mente era brillante, tanto que en las discusiones amistosas que habían mantenido durante la travesía él había cedido siempre a sus argumentos. Quizás ahí estaba la falla: la inteligencia, no auxiliada por la indiferencia con la que rimaba, podía volverse en contra de su dueño y arruinar sus perspectivas profesionales. Pero no le dio más importancia al asunto. Palmyra no se había negado a participar en la excursión, señal de que ella tampoco se lo tomaba tan en serio.

La visita a las grutas, una vez que la hubo asimilado en toda su complejidad, se le antojó la perfecta introducción a la India. El laberinto de cuarzo, brillando bajo la luz de las linternas de acetileno, los llevaba más y más adentro del farallón colgado sobre el mar. Los príncipes, dos figurines casi idénticos, de blanco inmaculado, con enormes turbantes que las luces móviles volvían en las sombras proyectadas sobre las paredes irregulares monstruos cabezones como los que Jean Ball había visto una vez en el carnaval de Niza, iban al frente por las pasarelas, acompañados del guía. La leyenda afirmaba que las grutas habían sido la fortaleza temporaria de sus antepasados del Neolítico, los fundadores del Reino de Gujarat. Llevaban los ojos en blanco, como dos bolitas de porcelana en sus rostros muy oscuros, y las cabezas fijas. ¿Serían ciegos? Se lo preguntó a un comerciante hindú que fumaba en pipa desaprensivamente; le dijo que ese antiguo linaje, que había atravesado con su sexualidad frenética todas las etapas de las civilizaciones del Indo, llegaba a su fin, a la esterilidad merecida, con estos dos jóvenes de blanco.

La gruta principal tenía una característica curiosa, que el guía les explicó y se detuvieron a apreciar. Si se hacía el más completo silencio se podían oír, aislados y a intervalos irregulares cuya duración sólo obedecía al azar, pequeños ruidos distintos. No se sabía qué los producía: dilataciones y contracciones de la piedra, microdesplazamientos o el trabajo de insectos que nunca se habían dejado ver. Lo extraño era que esos sonidos respondían exactamente a la descripción de los que se oían en una casa en lo profundo de la noche, cuando todos sus habitantes dormían. O mejor dicho, lo que oía un insomne cuando los demás dormían. El goteo de una

canilla, el roce de una cortina o el chirrido de una puerta movidas por una corriente de aire, el chasquido del termostato, el aleteo sonámbulo del canario en la jaula, el rebobinado espontáneo de la cinta del contestador automático, el leve ronquido al arrancar el motor de la heladera... eran los ruidos nocturnos de una casa, pero de una casa moderna, como si la estructura inmemorial de la gruta hubiera preparado con millones de años de anticipación un espectáculo sonoro destinado a los hombres del futuro. Había sido necesario esperar todos esos millones de años para que los sonidos de la gruta coincidieran con los de una casa en las horas nocturnas. Y había que apurarse a apreciarlo, porque con el avance de la tecnología aplicada al hogar pronto los ruidos que se oirían de noche en una casa serían otros, y los de la gruta se harían irreconocibles, revertirían a su condición milenaria de ruidos sin significado. A la salida vendían un CD con la grabación, que nadie dejaba de comprar aunque era bastante caro.

Pero antes de salir recorrieron lo que era el plato fuerte de la visita: el depósito de huesos de los soldados de las guerras de los Maurias. En grandes cubículos abiertos se amontonaban en desorden los esqueletos desarmados de ejércitos enteros. El osario se prolongaba kilómetros subterráneos, dramáticamente iluminados con unos trémulos foquitos amarillos cada treinta metros. Miraban esa acumulación desde las pasarelas altas y no muy seguras, veían alguna fosforescencia ocasional y reconocían entre el montón informe aquí una calavera, allá un fémur, o la siniestra mariposa de una cadera. No lo recorrieron todo. Con unos minutos de paseo suspendidos sobre esos restos resistentes a la disolución tuvieron suficiente, y emprendieron el regreso. Jean Ball y Palmyra habían quedado últimos, y él dejó distanciarse a los otros hasta que se perdieron de vista en la penumbra de la galería abovedada; se le había ocurrido algo, un capricho, que en esa atmósfera ctónica tomó las dimensiones de una fantasía irresistible: quiso besar a Palmyra allí, sobre los huesos. Sabía que había ocasiones que se daban una sola vez en la vida, conjunciones de circunstancias improbables, que formaban algo así como un recuerdo indescifrable, un cuadro pintado por un maestro antiguo, cuya clave se había perdido y las interpretaciones posibles producían una rara emoción, como la de asomarse a una realidad alternativa. Un beso que durara millones de años, como los ruidos de la caverna, y llegara a coincidir alguna vez con su sonido. En general él le daba mucha importancia al beso, el sello de los corazones. Los labios de Palmyra se abrieron como una flor tibia, sus lenguas se unieron largamente, apasionadas, un sentimiento de consumación les recorrió el pecho, como una electricidad hecha de seda y perfume. Había sido una buena idea. Él, que en su modestia quizás excesiva estaba persuadido de que en toda su vida no había tenido una sola buena idea, allí la había tenido.

Una vez en tierra, lo primero fue llamar a las oficinas de Brain Force, donde le darían la dirección del Buda Eterno. Lo citaron para la última hora de la tarde, casi de

noche. Tomó nota pensando que esos horarios tardíos serían lo normal en Oriente, y felicitándose de que así fuera porque le daba el día para dedicarlo a las vistas de la ciudad. Palmyra no se le había despegado, y después de un breve paso por la casa de su madre, donde no se demoró más tiempo del necesario para pedirle el auto, lo llevó de paseo. Él quedó un tanto sorprendido del tratamiento familiar tan expeditivo, un simple «hola, ¿puedo llevarme el auto?» después de meses de separación, pero, igual que con los horarios de oficina, lo adjudicó a costumbres y mentalidades que desconocía. Sea como fuera, le gustó que ella le hiciera de guía y chofer. Se sentía deliciosamente desconcertado ante tanta gentileza. Hasta ahí había supuesto, en realidad había dado por sentado, que Palmyra había hecho de él apenas el juguete erótico con el que matar el tedio de un anacrónico viaje en barco. A decir verdad, en esos términos era como él mismo había encarado la relación, pero su alma poética no podía conformarse con eso.

Cuando el automóvil se internó en la ciudad el desconcierto, y la suave poesía que lo acompañaba, se volvieron espléndida incorporación de lo exótico. El desfile era abigarrado e incesante: inmuebles como panales, templos, bazares, palacios, monumentos, pequeños ferrocarriles cruzando en las esquinas, y en todas partes multitudes en movimiento, mujeres de grandes ojos negros y saris de colores estridentes, compartiendo el espacio público con vacas, perros, cabras, ambulancias de madera, y el omnipresente cablerío de las conexiones clandestinas, que hacían un baldaquín calado sobre las callejuelas. El aire era pesado, denso de olores y ruido, el tránsito alocado. La terminal de trenes había sido la más grande del mundo, el tiempo la había reducido y pronto sería la más pequeña. Lo mismo pasaba con otro de los orgullos de la ciudad, el hotel Taj Mahal, el más lujoso del Asia cien años atrás, en el presente el favorito de los pobres: los precios seguían siendo altos, pero la suciedad y las moscas los hacían sentir como en casa, así que pagaban con gusto. En el sector sur de la ciudad persistían los barrios ingleses de la época colonial, el neogótico y art déco de las fantasías arquitectónicas impunes bajo los trópicos. Los conos del norte eran el reino de la pintoresca miseria, la urbanidad descartable, lo plástico y la vegetación. En todas partes se comía al aire libre, ejercían los peluqueros, los saltimbanquis, la policía, y los niños, en bandadas incontables.

Tras coronar la recorrida con la visión de las torres de cristal del distrito bancario, y el Palacio de Gobierno, masa informe de mármoles y bronce, Palmyra propuso visitar las grutas. La ciudad se levantaba sobre siete islas, cuya constitución era de basalto amigdaloides en formaciones columnares, lo que favorecía la abertura de cavernas naturales; la séptuple existencia de islas con sus correspondientes costas en farallón rocoso contribuía a esta abundancia de grutas, que invitaban a la escultura; y en efecto, las sucesivas civilizaciones que ocuparon las islas habían tenido como rasgo común la afición fanática por la escultura. Había sido esta pasión la que los había hecho adoptar cuanta religión nueva trajeran invasores, migrantes o escisiones, pues ofrecían más dioses para seguir tallando. No habían mostrado remilgos

teológicos: las falsas divinidades los habían inspirado tanto o más que las verdaderas. Hasta con Papas habían matado el vicio. Visitaron las grutas de Kanjeri, Ajanta, Ellora, Conaria, y otras sin nombre. Algunas estaban tan atestadas de estatuas que había que desplazarse de costado, inclinándose para pasar por debajo de uno de los muchos brazos extendidos de un dios o la trompa de un elefante, o los prominentes senos de una de las danzarinas de piedra, todas las cuales se parecían a Palmyra. Algunas de las grutas, para sorpresa del visitante europeo, eran tan pequeñas que apenas una hormiga habría cabido en ellas. A pesar de lo cual figuraban en los folletos turísticos, y se las decía mecas de multitudes de peregrinos de toda la India. Una lupa en la entrada, cuyo haz de luz se accionaba introduciendo una moneda de diez rupias en una ranura, permitía ver las estatuas talladas en granos de arena que llenaban el interior, en una perspectiva profunda de dioses y demonios gesticulantes. El plato fuerte de estas atracciones eran los templos de la isla Elefanta, también ellos tallados en el basalto. Las profundas convulsiones de la piedra habían sido todas contrahechas en falsa arquitectura, columnas granuladas y escalinatas blancas, dinteles, arcos, y los panteones superpuestos para servir a mil reencarnaciones ascendentes y descendentes, como máquinas de impresión de la muerte. Al fondo, la gran estatua de Sadhashiva con tres caras. Fue un alivio para Jean Ball pasar de este turismo claustrofóbico al espacio abierto del Parque Sanjay, que más que un parque era una reserva natural, con una superficie equivalente a la de su Suiza natal, selva virgen en la que era tan fácil entrar (pagando la entrada de cincuenta rupias) como perderse adentro y no salir nunca. La profusión de flores, de pájaros, de insectos sólo era inferior en número a la de monos. Los cantos, chillidos y zumbidos alternaban con los bolsones de silencio, y en éstos tanto podía oírse el roce inquietante de un leopardo entre las hojas como el *ringtone* del teléfono celular de algún excursionista. Los árboles se abrazaban en un inextricable frenesí quieto, se retorcían, proyectaban miembros extraviados, se hundían en la tierra, se transformaban unos en otros. Los elefantes del parque bloqueaban todas las salidas. Unas formaciones florales color lila, a media altura, parecían paracaídas de nylon enredados en las ramas. Aquí y allá, templetes de piedra llenos de víboras. Para salir usaron el funicular. No podían dejar de visitar, y no lo hicieron, las cascadas de Pamir, espectacular precipitación de aguas peinadas por rocas altísimas. Jean Ball cometió un error: fue a las cascadas de *smoking*, por haber confundido la palabra «cascada» con otra que significaba una recepción formal con el cuerpo diplomático. Por suerte el alquiler de *smokings* en Bombay era barato. Palmyra le decía que estaba muy apuesto, lo que era verdad, pero él se sentía fuera de lugar, en un sitio tan agreste y accidentado, con esa ropa. Para completarla, al devolverla tuvo que pagar un extra porque se la había salpicado, accidente inevitable dada la fuerza con que chocaban esos torrentes verticales. Protestó diciendo que era sólo agua, pero le hicieron ver las diminutas manchitas blancas, que eran de sal: ahí se enteró de que las cascadas de Pamir eran la únicas cascadas de agua salada en el mundo. El barquito que los había llevado a la isla

Elefanta los había venido siguiendo todo el tiempo, y volvieron a usarlo para recorrer los tramos azules del mar de la bahía donde los nativos pescaban perlas. Cuando se ponía la tarde, de vuelta en tierra firme, pasearon por la romántica Colaba, mirando el mar a un lado, el perfil accidentado de la ciudad al otro. Los santones marchaban en fila, comiendo helados, apenas vestidos con un taparrabos blanco y un gran turbante, flacos hasta la extinción, las piernas larguísimas quebrándose en pasos irregulares, la mirada perdida en los insondables misterios de lo sobrenatural, la lengua enorme y roja cuando la sacaban para lamer el helado. Lo exótico se exhibía con un desparpajo heroico. Algo de eso le decía Jean Ball a Palmyra mientras tomaban una cerveza sentados en la terraza de un café de la costanera. Ella asentía mecánicamente a todos sus argumentos, pensando en otra cosa. Lo exótico, para ser de veras exótico, debía ser pura apariencia.

Miró el reloj pulsera. Se acercaba la hora de su cita. Estaba cayendo una fina llovizna, que el toldo del café filtraba y derramaba sobre ellos en forma de niebla sólida. Los gorriones correteaban como ratones entre las patas de las mesas. La conclusión que sacó fue que si Bombay hubiera sido la creación (o el sueño) de un solo hombre, nadie se lo habría creído. Al ser una creación colectiva no había más remedio que darle crédito; sin embargo, seguía siendo lo mismo; era sólo la participación la que la hacía creíble, no una cualidad intrínseca. Se preguntó por un instante, mirando los cocodrilos, si ese razonamiento no valdría para la realidad en general. Pero apartó la idea de su cabeza, recordando su enérgica desconfianza profesional a las generalizaciones y filosofías.

La compañía Brain Force ocupaba un imponente rascacielos de vidrio azul, que se alzaba en medio de una plaza redonda con fuentes y esculturas abstractas. La seguridad era estricta: para entrar tuvo que dejar su pasaporte, fue fotografiado y debió esperar a que bajaran a buscarlo. Mientras subía en el ascensor, tras un brevísimo crepúsculo, se hizo de noche. El ejecutivo que lo recibió, de una oficina con vista a la ciudad, se disculpó por la hora tardía de la cita, diciendo que la empresa había tenido un día agitado. Un atentado con gas corrosivo, esa mañana, los había obligado a desarmar las computadoras, intercomunicadores, teléfonos y demás aparatos con circuitos integrados, para rociarlos con aceite en polvo. Ante el gesto compungido de su interlocutor devaluó un poco la magnitud de la catástrofe diciendo que de todos modos no se habría perdido gran cosa pues la firma tenía por norma mantener todos los datos de importancia en la mente de sus empleados, utilizando un método de mnemotécnica avanzada del que tenía la exclusividad. Aun así, había que mantener en condiciones el material informático, como redundancia y para cubrir las apariencias.

¿Eran frecuentes esos atentados? ¿Eran de índole política?

Sólo si se incluían en la órbita de la política los flujos energéticos del espionaje

industrial, una de las especialidades de la firma. Vendían ese servicio, como otros vendían lavarropas. Sería un negocio más limpio si ellos fueran los únicos que lo hacían. Pero dado que lo hacían todos, se creaba la cadena del «yo sé que tú sabes que yo sé que tú sabes», y en ese campo minado era inevitable que florecieran, al modo de «pasajes al acto», las venganzas y ajustes de cuentas. Trataban de convivir con esa situación, y en el fondo se sentían orgullosos de estar acompañando a la Historia en su majestuoso devenir. Pero era un privilegio que había que pagar.

Por cambiar de conversación, pues ya veía que sus respectivas éticas legales eran demasiado incompatibles para que pudieran progresar en ese tema, Jean Ball preguntó por el aceite en polvo, del que nunca antes había oído hablar. El ejecutivo le obsequió una polvera de plata en forma de tortuga, llena del precioso elemento. Le dijo que no hacía arder los ojos.

Era un hombre gordo, de traje oscuro y bigotito, piel muy blanca que se tensaba incongruente sobre sus rasgos negroides, grandes anillos de oro en las manazas y voz de asmático surcada de silbidos. Por las dimensiones de su oficina y su aire de seguridad, debía de estar bastante alto en la jerarquía del negocio. A pesar de la importancia que parecía tener, y la que se daba a sí mismo, actuaba haciendo caso omiso del tiempo; quizás consideraba esta reunión como un «*after hour*» social; quizás era excepcional para él departir con un europeo. Jean Ball se decidió a ir al grano, pero cuando abría la boca entró un sirviente de turbante llevando una bandeja con bebidas y bocadillos. Probó algo por compromiso, mientras su anfitrión se precipitaba, como si no hubiera comido en meses. Postergó un poco más el tratamiento del negocio, en parte porque el otro tenía la boca llena y no podría responder, en parte porque se dio cuenta de que no había respondido adecuadamente a las disculpas de cortesía del indio. Dijo entonces, después de despachar un langostino y bajarlo con una copa de *champagne*, que lejos de incomodarlo, la hora tardía de la reunión lo había beneficiado, al permitirle dedicar la jornada a conocer la ciudad. Era su primera vez en la India, y lo deslumbraba descubrirla. Eran lugares comunes, pero no se le ocurrió nada mejor. El otro barrió el aire con la mano regordeta como espantando un insecto o descartando algo desprovisto de importancia. Para él, dijo, todo el atractivo de la India estaba oculto; pero podía ser deformación profesional, ya que la India, y sobre todo lo oculto de la India (¿no eran lo mismo?) era su negocio.

Esta cínica admisión quedó flotando en el ambiente hasta la entrada de un auxiliar con el *dossier* del Buda Eterno, una copia del cual le fue entregada a Jean Ball. Quedaban archivadas las copias en la mente mnemotécnica del personal. Ahí tenía toda la información que necesitaba para localizarlo, además de su historial en la firma. Estaban enterados, por las comunicaciones preliminares, de cuál era la misión del enviado. Brain Force era la responsable de la difusión del nombre y prestigio de la pequeña deidad radicada en el Punjab. El difunto mago no habría sabido de su existencia de no ser por ellos, lo que les daba cierto derecho al envío, derecho que de

todos modos no reclamaban. El hombre no mostró siquiera mucha curiosidad por la naturaleza del truco mágico objeto del legado. De todos modos, dijo, si el Buda Eterno creía tener alguna posibilidad de usarlo y sacarle provecho, recurriría a ellos. Se extendió respecto de lo que habían hecho por la difusión de su imagen: el *merchandising*, los muñequitos, estampas, *software* y la serie de novelas populares que habían mandado escribir (pidió una por el intercomunicador, de muestra, y se la regaló a Jean Ball). Nada de lo cual había resultado en provecho fiduciario digno del esfuerzo. Se habían resignado. Por algún motivo, el Buda Eterno se resistía a salir de la condición de minoritario. No le sorprendía demasiado, empero, que en Europa alguien le dejara una herencia, pues esa misma condición de minoritario excitaba entusiasmos individuales, en los rincones más inesperados del globo. Entusiasmos siempre ligados al esnobismo, la manía, de vez en cuando la locura. Ellos preferían no enterarse. Habían descartado la esperanza de hacer de él un activo en sus balances; su base mística estaba muy condicionada por algo caricaturesco en él; y aunque no fuera así, el mundo no estaba para místicas. Conservaban su representación por lealtad, por imagen, y porque quizás algún día, tan locas eran las oscilaciones de la moda, valiera algo. Con una risa terminó diciendo que si le daba por la magia, ahora que recibía este legado, podía empezar a ganar plata.

Jean Ball tuvo la sospecha de que estos sonrientes desintereses ocultaban algo. También le resultó sugerente la curiosidad que mostró el hombre por el bufete suizo en el que él trabajaba. Dijo que lo conocía de fama, sabía de su prestigio, y afirmó que no era imposible que Brain Force, en su expansión por Occidente, recurriera a sus servicios. Quiso saber cuánto tiempo hacía que el joven trabajaba para la firma, cuáles eran sus funciones en ella, qué trato había tenido con la Fundación Bodmer... Después de responderle, Jean Ball se sintió autorizado para preguntar a su vez.

Se enteró así de que el sujeto que tenía delante era sobrino del príncipe Mrobot, fundador de la compañía. Su nombre era Mrabot: le explicó que en la tradición Mughal a la que pertenecían, los sobrinos adoptaban el nombre del tío materno, invirtiendo la posición de las vocales. Pero, aclaró, no era una empresa familiar: él era la excepción, y le había costado trabajo serlo, porque su tío encontraba poco serio mezclar familia y negocios.

—Tenía entendido —dijo Jean Ball— que en la India se hacía un culto de la familia.

El culto a la familia quedaba en familia, dijo el señor Mrabot. Brain Force, antes de ser una compañía de servicios, era una sede de investigaciones. La base era científica, de exploración de las ramificaciones de la cultura religiosa, en una parte del mundo donde la religión era sólo ramificaciones.

—Lo interesante es que con un material tan local hayan logrado globalizarse.

Eso iba de por sí. Podía decirse que era un detalle menor. Los fenómenos religiosos tendían a la universalidad, de modo que la globalización sólo había venido a coincidir con un marco que ya la había dibujado por dentro. Más curioso era que

podían convivir tantos universales. Tenían en su cartera de clientes un millar de deidades de todos los niveles y categorías, y seguían incorporando. De hecho, lo hacían con restricciones, para no sobrecargarse. Lo ideal sería desprenderse de los activos improductivos, pero seguían una política de lealtad, que los llevaba a conservar clientes cuyas cuentas estaban dormidas o directamente muertas. Era el caso del Buda Eterno. Llegados a ciertos límites por ese lado, se habían creado departamentos para expandirse en otras direcciones: petróleo, telecomunicaciones, aseguradoras, agroquímicos... No era tan incoherente como podía parecer. Todo partía del mismo principio: ante los raros caprichos de la cultura popular, ante los esoterismos y misterios con los que se había enfrentado su tío desde su silla de ruedas, se había dicho lo mismo que se diría cualquiera: «Algún sentido tendrá». Un mínimo de confianza en la racionalidad del mundo obligaba a decirse esa frase, y a creerla, y a confiar en que el sentido, a la corta o a la larga, se manifestaría. Pues bien, esa manifestación era el dinero.

Pasó largo tiempo en el tren, que subía hacia el norte, hacia el corazón del Asia. Su camarote estaba forrado enteramente en cartón rosa, y la portezuela corrediza que daba al pasillo tenía un pájaro pintado en blanco: cada vez que la abría un camarero o inspector el pájaro parecía asustarse y volar a esconderse. Por la ventanilla se deslizaba un paisaje cambiante: luces, sombras, montañas, llanuras, selvas, ríos, ciudades, aldeas. Pudo ver campos en llamas y lluvias torrenciales, desiertos calcinados y pueblos inundados, marjales en los que los *nims* sagrados se alzaban como arañas, la furia del monzón y la destrucción de las guerras civiles. En un plano podía haber nada más que un santón solitario haciendo sus genuflexiones, o un tigre, o bien multitudes hambrientas, al borde de la extinción, clamando a dioses dudosos. Rolls Royces silenciosos cargados de libros y porcelanas acompañaban el trayecto del tren unos minutos o unas horas, y después se perdían tras un bosque o una colina. El rayo parecía desprenderse directamente de las estrellas. Jinetes con turbantes, vacas con enormes cornamentas, pequeños rinocerontes trotando, peregrinaciones, aeropuertos.

Cuando bajaba en una estación a estirar las piernas, lo asaltaban vendedores y mendigos. El tren, detenido o en marcha, era recorrido todo el tiempo por músicos, turistas, hombres de negocios, o las bellas vestales de Kali, que le recordaban que iba rumbo a la tierra de los thugs. Los sutiles estranguladores del cordón de seda habían sido los inquilinos permanentes de sus fantasías infantiles, y el oscuro Punjab, el empíreo de sus andanzas. Debía sacar del bolsillo el boleto y leer la inscripción «Terminus Punjab» para convencerse de que realmente iba hacia allí.

No todo era soñar y divagar. Tenía la voluminosa carpeta sobre el Buda Eterno que le habían dado en Brain Force, y se había propuesto estudiarla, no tanto por necesidad de su misión, que a fin de cuentas no consistía más que en entregar un

sobre lacrado y retirarse, como porque pensaba que un conocimiento detallado del personaje podía representar una vía de entrada a una civilización ajena y extraña.

Si ésa era la intención, terminó decepcionado, o en todo caso desconcertado. Los recortes de diarios y revistas, las fotos, los folletos turísticos, los catálogos de *merchandising*, le daban una imagen contradictoria, de un ser a la vez mítico, poético, y también cómico, hasta chabacano al gusto popular. Por un lado resultaba demasiado lejano, por el otro demasiado cercano. El Buda Eterno parecía haberse encerrado en sí mismo, haberse desinteresado del mundo, en la busca interior de estados de visión que, para una mirada objetiva, más parecían cuadros surrealistas que programas de iluminación. Las enseñanzas brillaban por su ausencia. Si algo coherente podía deducirse de sus peripecias entre mundos, era que sólo importaba la forma, no el contenido. Y la forma no nacía de él sino que se había ido armando a partir de simplificaciones y esquematizaciones, cuando no directamente de caricaturas y malentendidos. La Brain Force no era tan culpable porque no había hecho más que seguir en esta línea, que venía de lejos. Con todo, la comercialización descarada, en su desmitificación extrema, volvía a crear cierta mística. Por alguna razón, que quizás estuviera en el mismo Buda Eterno o en algo esencial a su figura que se resistía a ser explotado, todas las iniciativas comerciales hechas alrededor de él habían fracasado. Esto había llevado a multiplicarlas, seguramente pensando que no podía ser que en algún lado no hubiera una veta redituable. Esa multiplicación había creado una proliferación que mareaba. El mismo pequeño ser aparecía y reaparecía, en titilaciones más rápidas que el parpadeo: los chocolatinos Buda Eterno, las linternas Buda Eterno, el Go del Buda Eterno, la pasamanería, los yoyós, el *pinball* (que utilizaba como fondo el jardín hechizado del Maharajá), el jarabe para la tos, las gorras, las bolitas que desaparecían al tocarlas.

También habían hecho novelas con él. Le habían regalado una, y la estuvo mirando un rato con curiosidad, aunque sin el propósito de leerla. Con verla de afuera bastaba para hacerse una idea de las intenciones que habían tenido los editores. Por la lista de la contratapa supo que existía cerca de un centenar de títulos, que dejaban entender que en todas ellas se sostenía el tono de aventuras entre fantásticas e infantiles, de gancho popular y cero pretensión literaria: Los siete sombreros de Asoka, El Buda Eterno contra el Cuerno Giratorio, El teléfono atómico, Carcajadas eternas del abismo... La que le habían dado se llamaba El minuto equivocado, título escrito en letras rojas que goteaban sangre, debajo de la franja diagonal donde se leía «Las Aventuras del Buda Eterno», y un dibujo en colores brillantes de un tren chocando a una ambulancia, víctimas que salían volando en todas direcciones y arriba el Buda Eterno bajando del cielo azul montado en una especie de reloj-helicóptero. El interior mal impreso en papel semitransparente alternaba una página de texto con una de ilustraciones; no se molestó con el texto, pero se entretuvo mirando los dibujos, todos de escenas truculentas que no dejaban la menor impresión de continuidad, como si cada una fuera la tapa de una novela distinta.

De cualquier modo, no estaba para libros. Aunque hubiera querido leer, no habría podido concentrarse porque Palmyra volvía obstinadamente a su mente. No faltaban motivos preocupantes para ello. Lo que había empezado como una romántica aventura tropical tomaba a la larga un color dramático que torturaba su conciencia. El vuelco se había ido dando a medida que se revelaban las verdaderas circunstancias de la joven, y, más en profundidad, su carácter y personalidad, que no eran exactamente lo que él había visto en aquellas noches estrelladas de alta mar. La primera señal vino cuando ella le confesó que había renunciado a escribir su tesis. Lamentaba haber cargado desde París los materiales para trabajar con ella, cuando en el fondo ya sabía que no lo haría. No sólo no haría la tesis: había renunciado a seguir en la carrera, había devuelto las credenciales de estudiante y se había despedido de sus profesores y directores de investigación (más bien: los había plantado). Las Relaciones Internacionales como disciplina académica le parecían una farsa innoble; vistas desde adentro como las había visto ella, eran un simulacro en el que sólo podían creer los sicofantes de la demagogia y la hipocresía. No ahorra epítetos contra estudios que él no entendía por qué había seguido durante años. Lo había hecho, decía, sólo para darle el gusto a su madre, que había insistido en que tuviera un título para defenderse en la vida. Al comentario de él en el sentido de que era un loable sentimiento materno, respondía insistiendo en la incompatibilidad de la carrera, del ambiente, de los estudios de postgrado, y convicciones personales que no tenía intenciones de sacrificar. A eso él no tenía nada que oponer, por el contrario, la encontraba magnífica en su firmeza y pureza de espíritu. Pero ¿y entonces? Entonces... el rostro de Palmyra se descomponía y se largaba a llorar. Para Jean Ball, como para casi todos los hombres, una mujer llorando frente a él era una experiencia incómoda, y en este caso doblemente, por inesperada. Palmyra era tan segura de sí misma, tan inteligente y articulada, que verla llorar era lo que menos habría previsto de ella. Era el primer indicio que tenía de que en la joven había una falla. ¿Pero no la había en todos? Debería haberlo esperado. El llanto no era sólo por las estúpidas Relaciones Internacionales, que ahora odiaba; era por la acumulación de fracasos. No era la primera carrera que abandonaba. Ya antes le había pasado, y no una vez sino muchas, años perdidos estudiando en universidades privadas de la India y Europa sólo para descubrir a la larga las miserias que se escondían detrás de cada profesión, con sus mentirosas fachadas de prestigio y seriedad. No había nacido para las políticas internas de los departamentos de investigación, o las cátedras, o la jungla de envidias, traiciones y obsecuencias del mundo académico. Antes y después del llanto, era tal la lucidez de sus argumentos, la claridad con que los exponía, tan enérgica era su dicción (en todo tan diferente del estilo balbuceante e incierto de él) que Jean Ball no se atrevía a contradecirla. Aunque habría tenido con qué hacerlo, y de hecho lo hacía, pero sólo para sí mismo. Temía quedar mal diciéndole algo tan banal y de sentido común como que era necesario hacer ciertas concesiones si uno quería vivir. Y todos las hacían, movidos por la necesidad. Él las había hecho, y las seguía haciendo. ¿De

qué servía la pureza de las convicciones? Pero él venía de otro mundo: de una familia empobrecida, de estudios hechos a base de sacrificios y penurias cuyo mero recuerdo prescribía cualquier renuncia por escrúpulos de elegancia moral. No podía siquiera empezar a explicarle esto porque los separaba un abismo no sólo psicológico sino también social. Ella, rica, hermosa, brillante, moviéndose en sofisticados ambientes intercontinentales, podía permitirse esas delicadezas.

¿O no podía? Los llantos se hicieron frecuentes, y toda la historia se fue revelando a partir de ellos. En realidad su subsistencia pendía de un hilo. Su madre, viuda de un rico industrial, había convertido en fondos líquidos toda su fortuna, que era considerable, y se había negado por motivos religiosos a hacer ninguna inversión. Las dos mujeres, madre e hija, sin más familia, vivían de los retiros de ese dinero, que se adelgazaba peligrosamente. Vieja, enferma, extravagante, la madre había previsto que moriría antes del fin de los fondos, pero eso dejaría en la miseria a la hija. No podía extrañar que hubiera querido que Palmyra tuviera un título y una profesión. Por lo visto, empero, no había insistido mucho en el tema, o había chocado con una resistencia invencible. Jean Ball, con su mentalidad pequeñoburguesa suiza, no concebía un comportamiento tan insensato. Palmyra había vivido siempre en los términos económicos más desahogados, en una gran casa llena de sirvientes, conduciendo autos caros, emprendiendo costosas aventuras académicas, sin la menor consideración por lo práctico. Trataba de consolarla, de buscar soluciones, casi como si el problema fuera de él (y en cierto modo, estaba empezando a serlo). Cuando le decía que disponía de tiempo para encontrar su camino, porque la madre podía vivir muchos años más todavía, Palmyra se mostraba pesimista: la salud de la señora era un tembladeral. Él seguía haciendo inventario, buscando plata hasta debajo de las piedras. Estaba la casa, que debía de ser valiosa... No. La casa, había decidido la madre, iría a la secta neovedanta de la que se había hecho adepta desde la muerte de su marido. Preguntó si ese legado ya se había documentado, porque caso contrario se podía interponer... Ella no le dejó terminar la argumentación jurídica: sus principios jamás le permitirían hacer tal cosa, aunque la ley se lo permitiera.

De modo que vivía con una espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Y si le preguntaba por sus planes, lo único que obtenía eran lágrimas. Poco a poco se fue haciendo visible que ella se aferraba a él como a un clavo ardiente. Jean Ball no le había dicho que era casado, y a esa altura creyó que sería inconveniente hacerlo. Avanzando por ese camino, ella empezó a ver como solución que la llevara con él a Suiza, lo que a él le hacía correr un escalofrío. No. No podía dejar sola a su madre, vieja y enferma como le decía que estaba. Palmyra no veía ningún inconveniente por ese lado: su madre era muy autosuficiente, de hecho había estado sola todos estos años mientras ella estudiaba (inútilmente) en Europa. Él, siempre tratando de poner la discusión en el plano hipotético de las presunciones teóricas, hizo hincapié en las ventajas incomparables de la India por sobre la fría, gris Suiza, además mucho más cara. En todo caso, él se vendría a vivir a la India, aunque no pudiera ejercer su

profesión por la incompatibilidad de los Códigos: tendría que hacerse *hippie*, o asceta. No tenía ninguna intención real de mudarse a la India, claro está, pero como ensoñación no sonaba mal. Podía seguir bordando sobre el tema indefinidamente, aunque más no fuera para que ella no siguiera con sus quejas, pero también porque era un buen tema, el de la belleza de la India, su clima, su libertad. Inventaba una India exótica y utópica, en la que ellos dos, jóvenes por siempre, felices, vivirían amándose, sabiendo que tal cosa nunca sucedería.

Con la India se pasaba de un régimen de realidades a otro. Pero la realidad, como tristemente se lo mostraba la desdichada Palmyra, seguía siendo la misma. Lo sentía agudamente, en el tren: teniendo tanto que ver y descubrir, tanto mundo ofreciéndose en toda su riqueza y variedad, no podía salir del pequeño y mezquino problema personal en el que se había enredado.

Capítulo IV

Cuando el suizo llamó a la puerta de la casita del Punjab, lo hicieron esperar una eternidad. Al fin una voz le dijo que entrara. No pudo creer el desorden que reinaba adentro, y la acumulación de muebles desparejos en estilo, tamaño y función. Nada de lo cual parecía en uso. Las sillas estaban apiladas, a las mesas las cubrían taburetes, alacenas dadas vuelta y hasta un sofá, los aparadores estaban con las puertas contra la pared, y las pilas de cajones dorados en los rincones llegaban al techo. La señora Gohu, que fue la única que habló, era un remolino de ademanes sin sentido, palabras y suspiros. Debió de darse cuenta de que estaba mareando al visitante, porque se disculpó: estaba nerviosa debido a un incidente con el aire acondicionado, esa mañana. De no ser por ese estado, en el que la había dejado la rabieta de su patrón (lo señaló al decirlo: un ojo temeroso que asomaba detrás de un gran cucurucho de helado rosa, que se derretía aceleradamente), lo invitaría a comer. Tal como estaban las cosas y los ánimos, no habría comida *gourmet*: se limitaría a enrollar una hoja de parra y prenderla fuego. Chillidos y toses siguieron a esta declaración. No era fácil sostener una conversación en esos términos. Por suerte habían sido advertidos de la visita, y de su objetivo. Hasta sabían su nombre, que ella pronunciaba Djinn Bowl. No tuvo ánimo para corregirla. Quería irse cuanto antes, así que apuró el trámite. Sacó del portafolios el famoso sobre y le dijo a la señora que la orden con la que venía era entregarlo en mano del Buda Eterno, su destinatario. Una mano blanca y regordeta se lo arrebató, y eso fue todo. Mientras caminaba hacia la parada del 132, entre aliviado y decepcionado, se preguntaba qué haría para llenar el tiempo ahora que había cumplido con su misión.

Para los habitantes de la casita, en cambio, las cosas empezaban, aunque ya veían que tendrían mucho que hacer. No porque hubiera tanta tarea, sino por la poca experiencia que tenían en hacer cosas. Abrir un sobre, algo tan fácil para cualquiera, no lo era tanto en el campo de la teofanía. El Buda Eterno empezó a darle vueltas sin saber por dónde empezar. La señora Gohu lo miraba con los ojos entrecerrados y una expresión sardónica. Parecía estar divirtiéndose con la inepticia que mostraba el dioscecillo, hasta que su natural impaciencia ganó la partida y dando un veloz salto hacia él le arrebató el sobre. Los chillidos del Buda Eterno acompañaron su propio salto y se inició una persecución por toda la casa: carreras, giros, caídas, esquives y gritos de ira que se transformaban en carcajadas o jadeos. Al fin, cansados del juego, decidieron colaborar. Se sentaron a la mesa de la cocina y examinaron el sobre: era de papel manila, lo bastante resistente como para haber soportado las salvajes manipulaciones que le habían hecho sufrir. Al tacto se lo sentía lleno de papeles. Un sello azul en el centro de la cara delantera era el único signo que exhibía: una galera y una varita, emblemas clásicos de la magia teatral, pero como ellos dos no lo sabían, y no conocían la galera como prenda de vestir, la hicieron objeto de interpretaciones tan delirantes como divergentes. Cuando lo dieron vuelta, la intriga se profundizó: sólo

había la mancha de lacre cruzando el borde de la solapa. El color, un rojo oscuro que evocaba el de los ojos de Kali, se reflejaba en el cielo raso de la cocina como una mancha móvil que siguió ahí mucho tiempo, aun después de que el sobre y su lacre no estuvieran, como si hubiera impregnado el yeso.

Les encantaba la forma del sobre. Si hubieran querido definirlo habrían dicho que era una caja para objetos bidimensionales. Y como los únicos objetos verdaderamente bidimensionales que conocían eran las imágenes, el sobre se les antojaba algo abstracto, para contener planchas mentales (que adivinaban al tacto). Entre esas fantasías, y la luz del lacre, y las bromas que habían suscitado los coqueteos descarados de la señora Gohu con el apuesto visitante que acababa de marcharse, se creó un clima de comedia que, como todo en la vida, tuvo sus consecuencias. En la historia de la señora Gohu, ya patrimonio de la cultura tradicional del Punjab, se injertó el episodio de sus amores con el «Djinn Bowl», con fabulosas ramificaciones.

Pero llegó el momento de ponerse serios, es decir, de hacer lo que se esperaba de ellos. Mirando el sobre con un solo ojo (el otro estaba en manos de Vishnú), el Buda Eterno dijo que en su vida activa y en todos los avatares por los que había pasado su existencia, ésta era la primera vez que abría un sobre. Eso significaba que sus dedos, sus manos, brazos, hombros, ojo, todo su cuerpo, harían movimientos que no habían hecho nunca, y su conciencia los registraría, y habría una transformación en su persona. Una transformación pequeña, mínima, casi imperceptible. Pero no importaba su escasa dimensión. Al contrario, por pequeña actuaba más, podía meterse más adentro en los engranajes del ser.

En este punto, preliminar a razones que se anunciaban portentosas, la señora Gohu planteó una objeción: ¿cómo era posible que nunca antes hubiera abierto un sobre, siendo los sobres algo tan abundante en la vida moderna?

La objeción fue descartada inapelablemente. Siguió: al pasarle en su cuerpo y en su mente algo que no le había pasado nunca, todo en él cambiaba. Un pequeño cambio reacomodaba el completo equilibrio. Y lo mismo pasaba (ya estaba lanzado al Sutra por el Sutra mismo) con toda primera vez, cada una cambiaba al ser, y lo cambiaba para siempre porque no volvería a haber esa primera vez. Habría otras, claro, otras muchas, y los cambios seguirían produciéndose.

Hasta ahí era una trivialidad que muchos Budas o falsos Budas habían predicado, sobre todo respecto de la bicicleta. Pero había una pequeña gran sutileza, y era que todo era primera vez, porque no había repeticiones en el tiempo. Tocar el consabido gong del mediodía el martes no era lo mismo que haberlo tocado el lunes, o sea que el martes era la primera vez, como lo sería el miércoles y lo había sido el lunes.

Ahora bien, tantos cambios necesitaban lugar para seguir acumulándose, y el cuerpo del hombre (en la mujer, acotó entre paréntesis, era distinto) se adaptaba con el simple procedimiento de aumentar de tamaño, y crecía hasta adquirir proporciones gigantescas, nunca vistas.

No pudo llevar a término su razonamiento porque lo interrumpieron las risas. Lo

hizo después, por escrito, y fue lo que en adelante se conoció como El Sutra del Sobre. La solución que proponía para el crecimiento desmesurado del ser humano, que haría que la ropa y los zapatos les quedaran chicos a todo el mundo, era un pasaje a la imagen incorpórea, que podía meterse, precisamente, en un sobre. Al abrir el cual se reiniciaba el ciclo.

Las risas se debían al grotesco contraste entre la pequeña «mitad de enano», como lo llamaban en el barrio, que estaba hablando, y la imagen de gigante que evocaban sus palabras. Provenían de sus discípulos, que habían entrado a la casa mientras él hablaba, cargados de cajones dorados. Lo de «discípulos» era un eufemismo benévolo para los ladronzuelos del barrio que usaban el domicilio del Buda Eterno como depósito de sus hurtos. La asociación se había establecido, a espaldas del dueño de casa, cuando la señora Gohu descubrió los beneficios que le rendía la venta de bhang a estos jóvenes, pequeños delincuentes locales que de un modo u otro siempre tenían plata para drogas. Las alucinaciones que les producía el bhang eran las responsables de que el Buda Eterno fuera lo que era.

Esa noche, después de que la señora Gohu se hubo retirado a su cuarto, el Buda Eterno se ubicó en su escritorio y encendió una lamparilla para leer los papeles que contenía el sobre. Era la primera vez que recibía una herencia, y todavía no estaba muy seguro de que realmente fuera una herencia, y fuera para él.... La calidad de Eterno que había adoptado, o que le había sido dada (nunca llegó a decidir si se había hecho a sí mismo o lo habían hecho otros), imponía un escollo lógico a la posibilidad de recibir una herencia. ¿No deberían ser más bien los demás los que recibieran la herencia de él? Lo estuvo pensando un rato, y como le sucedía con frecuencia, se hizo un embrollo en la cabeza. El tiempo se moría en brazos de la eternidad, y le dejaba sus riquezas. Pero lo mismo había sucedido tantas veces que empezaba a insinuarse la sospecha de que la eternidad en los hechos no recibía nada y seguía siendo pobre por siempre. Lo único que tenía al fin era un miserable truco de mago.

Pero antes de sacar conclusiones, debía ver de qué se trataba. Se dispuso a leer. No era la primera vez que lo hacía, aunque según la tesis del Sutra de la Primeridad sí lo era. (Pero las tesis de los Sutras estaban bastante confundidas. Cuando los ejecutivos de la firma Brain Force se enteraban de que su cliente había hecho un discurso, ponían a un *ghost writer* a escribir el Sutra correspondiente; la intención era buena, los resultados no tanto; al hacerlo a partir de un rumor, muchas veces equivocado o malintencionado, y como los escritores que hacían la tarea no tenían una idea clara de las sutilezas teológicas, el Sutra terminaba siendo, cuando se publicaba, un *collage* de incoherencias). En su caso leer no era una operación natural o espontánea, porque debía reacomodar su cerebro para cada tipo distinto de operación o percepción. Muy concentrado, empezó a desplazar los lóbulos y colocarlos unos en lugar de otros. Había una buena cantidad de combinaciones, y

nunca recordaba cuál era la que correspondía a la lectura, que practicaba tan raramente. No tuvo más remedio que recurrir al método de prueba-y-error. Pero él nunca era metódico, nunca había aprendido a serlo, y al probar las combinaciones al azar, sólo el azar podía darle la correcta. Las incorrectas le hacían ver las letras al revés, o como pequeños círculos todos iguales, o las transformaban en números, o veía la hoja en blanco. No se preocupaba mucho, porque disponía de todo el tiempo del mundo, y además esas mutaciones de la percepción debidas a un posicionamiento equivocado de los lóbulos podían ser divertidas, por ejemplo cuando las letras del escrito se le aparecían como elefantitos en miniatura tomándose la cola con la trompa. De modo que casi lamentó que de pronto el texto se le hiciera legible.

El cerebro del Buda Eterno era pequeñísimo. En una de las jugadas comerciales que la Brain Force había intentado con él, tan ineficaz como todas las otras, lo habían publicitado como «el cerebro más pequeño del mundo», y habían lanzado desafíos, como el de pagar mil rupias al que trajera un cerebro de menores dimensiones, así fuera el de un mosquito o un microbio. Apostaban a la eterna atracción que ejercían las miniaturas sobre la imaginación, combinada en este caso con el misterio de las operaciones cerebrales. Pero el público mostró poco interés, y aun éste disminuido por el miedo, cuando se supo que el cerebro del Buda Eterno, aunque tan pequeño, tenía una corteza elástica tan arrugada que si se hubiera podido extender en toda su magnitud habría alcanzado para envolver el planeta.

En la primera página del legajo estaba la descripción del truco mágico que ahora era suyo. Consistía en la habilidad de subir una escalera y bajarla al mismo tiempo. Eso le bastó para interrumpir la lectura, soñador. En su mente aparecieron las escalinatas de los innumerables templos que había visitado en su peregrinación hasta llegar al Punjab. Escalinatas de mármol blanco, o de piedra rosa, de pórfido, de basalto, que subían hasta las claraboyas de Krishna o descendían hacia los laberintos subterráneos de los hombres-rata. No todas sus visiones fueron tan poéticas o monumentales: también evocó la escalerita metálica que estaba plegada detrás de la puerta de la cocina, que la señora Gohu usaba para llegar a los estantes altos de la alacena. No pudo reprimir una sonrisa al pensar en la sorpresa que le daría, cuando ella le pidiera que abriera la escalera y le bajara un frasco de pimienta, y él subiera y bajara al mismo tiempo.

¿Pero cómo se haría? Seguramente estaba explicado en detalle en las páginas que seguían. No dudó ni por un instante de que era posible. En el truco, al menos considerado *a priori*, había una torsión del tiempo que le gustaba, y a él todo lo que le gustaba le parecía posible. Avanzó un poco más, con esa impaciencia propia de los seres pequeños: si veía cuál era la clave del truco, como seguramente la vería leyendo con atención y poniendo en juego su inteligencia generalizadora, podría aplicarla a otras actividades que no fueran subir y bajar escaleras, por ejemplo mojar y secar al mismo tiempo (o enjabonar y enjuagar), encender fuego y apagarlo, hablar y callar, avanzar y retroceder, recordar y olvidar, abrir una puerta y cerrarla, moverse y

quedarse quieto. Todas las acciones contrarias que siempre se habían hecho una primero y otra después, ahora, en un ahorro prodigioso de tiempo, se harían al mismo tiempo y revelarían su inutilidad. ¡Ir y volver en un solo y único desplazamiento! ¡Qué simplificación formidable para los viajes! La vida cotidiana, la vida en general, podría transformarse, enriquecerse, ir tanto en una dirección como en la otra, o mejor dicho en las dos direcciones a la vez.

¿Por qué ese lejano mago lo había elegido a él? Evidentemente lo conocía por su fama, pero de esa fama difícilmente podía haberle llegado algo más que el nombre. ¿Cuál de las dos palabras de su nombre lo había decidido a hacerlo su beneficiario? ¿«Buda» o «Eterno»? No tenía respuestas para estas preguntas, salvo sus especulaciones. Lo más deprimente sería que lo hubiera atraído «Buda», es decir que fuera uno de esos occidentales esnobs que se infatuaban con cosas que no entendían. Pero alguien capaz de inventar algo tan extraordinario como lo de la escalera no era un tonto.

No tenía tanto motivo de admiración, por lo demás, porque él se había adelantado en esa misma clase de inventos, como quedó probado a continuación: aunque tenía ardientes deseos de leer todo el legajo y aprender el truco, al mismo tiempo tenía sueño y se había hecho muy tarde, y lo dejó para el día siguiente. Y al día siguiente hubo otras prioridades, y los papeles quedaron olvidados sin leer. O quizás no fue tanto olvido como cierto temor a no entender: había echado una ojeada y había visto que estaba lleno de diagramas complicados, con flechitas, que lo mareaban antes de fijar la vista en ellos.

De lo que no se salvó fue de las bromas de la señora Gohu, que cuando se lo proponía era infatigable en sus sarcasmos. Le pedía que sacara conejos de la galera o que la serruchara a ella por la mitad. El Buda Eterno se replegaba a un silencio rencoroso, que intentaba sin éxito hacer pasar por meditación trascendental.

En ese silencio su minúsculo cerebro latía con tristeza. Se preguntaba por la magia, el tema que había quedado pendiente. Él siempre había vivido en un mundo de magia, siendo como era un ser creado, o increado, para dar a los hombres la ilusión de la felicidad. Pero ésa era una magia general y difusa, en la que había que creer aun antes de que sus efectos se manifestaran, y lamentablemente no se manifestaban nunca. Este inesperado legado lo hacía bajar a tierra, a la magia como profesión, como una rama del *varieté*. Era algo nuevo para él. Le volvió a la memoria algo de muchos años atrás, el único antecedente que podía exhibir en el rubro. No exactamente magia, pero algo parecido, o que podía parecer magia a los ojos de unas niñas inocentes de dos y cuatro años. Eran sus sobrinitas, a las que había ido a visitar en la lejana aldea de los marjales del Ganges donde vivían. Había pasado toda su estada allí jugando con las niñas, que por su parte estaban felices con este tío que combinaba de modo tan pintoresco características de adulto y de niño. En general eran ellas las que proponían los juegos o competencias, a los que él se plegaba con entusiasmo. La inventiva que mostraban lo inspiraba (de cada juego sacaba al menos

una idea para un Sutra), tanto que, en parte por emulación, en parte por un sincero deseo de entretenerlas y hacerles conocer algo nuevo, quiso darles un espectáculo. Carecía de cualquier habilidad específica en la materia, pero pensó que no se necesitaba mucho para lo que se proponía, que era proyectar en la pared sombras de animalitos con las manos. Estuvo practicando toda una noche a la luz de la vela, en la caverna donde se había alojado, en las afueras de la aldea. Y al día siguiente, después de unos anuncios que quiso misteriosos, y de ubicar a las niñas en sendos almohadones y cerrar los postigos y encender la vela que había traído, empezó con los mudras.

Las primeras sombras no le salieron muy bien, por la falta de experiencia y la ansiedad que le provocaba el deseo de impresionar a las niñas. El perro le salía como un pato, el pato como un cocodrilo, el cocodrilo como la trompa de un elefante. Pero ya cuando hizo el elefante tuvo un primer logro: salió exacto como una paloma, y cuando quiso perfeccionarlo extendiendo los meñiques para hacerle los colmillos la paloma abrió las alas. Hizo la cabeza de una vieja y salió un auto de carrera. Un par de anteojos daba un sombrero. Un sombrero, el minarete de los omeyas. Un viejecito caminando con bastón (¡lo había ensayado tanto la noche anterior!) resultó, en la sombra, un moño de cintas. No entendía por qué todos le fallaban, pero a la vez todos resultaban en otra cosa, si bien distinta de la pretendida, reconocible e interesante. Mientras él no dijera lo que se proponía cada vez, podía pasar como que se había propuesto hacer lo que salía. Algunas mutaciones tenían explicación: cuando quiso hacer un ratón salió una bicicleta, lo que se justificaba por los dos círculos con los que había supuesto que haría las orejas y fueron las ruedas (los bigotes, el manubrio). Otras no habrían podido explicarse más que por un azar juguetón. El muy elaborado entrecruzamiento de dedos y palmas destinado a producir la silueta de una torta de cumpleaños con velitas producía la forma de una garza que tenía atrapada una mariposa en la punta de su largo pico. Una vaca le salía como un paraguas. Así siguió la sesión, largo rato. Él no cesaba en su asombro, al ver aparecer tantas siluetas inesperadas, como una lotería de formas. Se preguntó si no habría un elemento subjetivo en los infalibles reconocimientos que hacía.

Si lo había, era sólo de él. Porque al terminar la función, cuando miró a sus sobrinitas, vio que todo el tiempo habían estado mirando sus manos, dando la espalda a la pared donde se proyectaban las sombras. La culpa había sido suya, por no explicarles antes de qué se trataba. Pero ellas no se quejaron, muy por el contrario; habían estado todo el tiempo con la vista fija en sus manos, fascinadas. Él había olvidado quitarse los anillos, y la luz de la vela, al refractarse en los rubíes, esmeraldas y zafiros, producía un juego de luces de colores.

Capítulo V

Al llegar de vuelta a Bombay, el joven suizo fue directo de la estación al puerto, donde ya habían subido su equipaje a bordo del Angus. Embarcó él también de inmediato, un tanto furtivo y culpable por no haberse comunicado con Palmyra. Se abstuvo de hacerlo siguiendo un impulso. Adivinaba que ella no había cambiado; nadie cambiaba de un día para otro; y volver a escuchar sus quejas y tener que prestar atención a sus discursos pesadísimos por la carga psíquica del resentimiento estaba más allá de sus fuerzas. En base a todo lo cual pudo descartar la culpa. Al pisar la cubierta del barco, al entrar en su camarote, se cerraba una etapa. Los tres días pasados en la India habían estado tan llenos de experiencias nuevas y sorprendentes que parecían haber sido tres años. Los hechos vividos se le mezclaban y confundían, pero quizás, pensaba, no era un defecto de su memoria sino una cualidad inherente a la materia, es decir, a esa India abigarrada donde lo divino se mezclaba y confundía con lo humano, y al superponerse sus tiempos heterogéneos hacían imposible un relato lineal. El barco, una vez en viaje, era un bienvenido contraste. Su lentitud sobrenatural, su silencio, su monotonía relativa, inducían en él un estado de ánimo que tenía algo de deliciosamente posterior; algo, mucho, había pasado, y el premio por haber llegado al otro lado de los hechos lo recibía en forma de tiempo.

Otra vez el mar, otra vez los cielos estrellados, los delfines, las islas. En la soledad, buscada y preservada, apenas interrumpida por alguna conversación con un pasajero hindú, el señor Gauchat, que escapaba, igual que él, de las actividades recreativas del barco, fue instalándose una melancolía, también ella de lo posterior. Se dio cuenta de que estaba cultivándola: no era tristeza ni depresión sino una respuesta a la euforia que la había precedido. Era una elegancia, en respuesta a la eficacia algo grosera de la acción. La imagen de Palmyra persistía, y su persistencia era una garantía de su condición inexpugnable de recuerdo. Los meridianos y las constelaciones se deslizaban por igual en el mar y en el cielo.

Pasados los primeros días de navegación, cuando entró al fin en la rutina de los días y noches iguales, encontró en la lectura un pasatiempo inesperado. No fue un accidente que se diera de buenas a primeras. Ni fue premeditado. No había traído material de lectura, como no lo llevaba a ninguna parte ni lo tenía en su casa. El intenso compromiso con su profesión, en la fase ascendente que era cuando más absorbía, lo había mantenido alejado de los libros. De éstos había hecho una experiencia de intensidad en su infancia, y al no haberlos cultivado después no había reemplazado la idea original de la lectura, como evasión por el lado de la aventura, el viaje, el peligro, el descubrimiento. Los tres días pasados en la India habían actualizado la idea de lectura, sin necesidad de leer. Lo predispusieron.

Lo cierto fue que la inmersión en esa prestigiosa actividad a la que la civilización le debía todo, o casi todo, por inhabitual en él, fue una auténtica sorpresa. Porque, sentía, era pensamiento pero no pensamiento suyo. Lo sacaba de esa máquina infernal

que era su propia persona o personaje protagonista de su actuación. Le permitía tomar distancia, y ver, en una danza de perspectivas cambiantes, cuántas cosas contenía la distancia. Si hasta entonces había creído verlo todo, se daba cuenta de lo equivocado que había estado. Un modesto descubrimiento, que repetía en clave personal el que había hecho la humanidad cuando se sentó a leer. Las metamorfosis privadas de la lectura se apoderaron de él como una mendicidad de alto vuelo. Esa actividad íntima y silenciosa reclamaba una deuda al mundo, el mismo mundo que ella había creado. Además, cualquier cosa servía: bastaba con que estuviera escrita. Y todo estaba escrito.

La ocasión de entregarse a tan placentero pasatiempo se la dieron dos circunstancias casuales. La primera tuvo lugar el primer día de viaje, cuando ordenaba su ropa en el camarote. Como las valijas las había hecho alguno de los valets del barco al desembarcar, y la idea de orden de los valets orientales era muy distinta de la que podía tener un suizo, ahora no encontraba nada. Tuvo que sacar todo, y encontró algo que alivió un remordimiento que todavía no había sentido pero que con toda seguridad habría sentido, y agudamente, cuando le viniera a la mente: los regalos para la familia. Tan vertiginosa y absorbente había sido su breve estada en el subcontinente que ni por un instante había pensado en el tema, pese a que era un *sine qua non* de los regresos. Y sin embargo se había solucionado por sí solo, casi sin su intervención. Sucedió que en el viaje de ida se había enterado, leyendo el folleto de la compañía naviera, de que con el pasaje estaba incluida una provisión de *souvenirs* típicos a elección. Temiendo que lo cargarán con productos inútiles, le había dicho a la azafata de la tienda del barco que preferiría objetos para niños, de entre cinco y diez años, la edad de sus hijos, y quizás algo para una señora joven; todo esto había pasado antes de iniciar su relación con la bella pasajera india, que desde entonces acaparó su atención. Aunque lo hubiera recordado, jamás habría creído que se lo fueran a tomar tan en serio. La cantidad de envoltorios coloridos era impresionante. Por lo visto, al no saber la cantidad de niños que tendrían que satisfacer, habían ido a lo seguro. Aunque el embalaje era muy elaborado, y difícil de reponer en su forma correcta, no pudo resistir a la tentación infantil de desenvolverlos para ver.

Eran unos pequeños juguetes eléctricos, todos iguales pero con el autito de distinto color. Este pequeño vehículo estaba en el medio de una plataforma, rodeado de hombres, mujeres y niños, muñecos articulados de dos o tres centímetros de alto. Apretando un botón, el dispositivo se ponía en acción: todos los diminutos manifestantes levantaban los brazos y los sacudían con frenesí, saludando el paso del auto, y en respuesta se abría una escotilla en la capota del auto y asomaba una cabeza de mujer. En ese momento en la mano de uno de los hombrecitos del público aparecía un revólver y se oía un sonoro «bang», y la cabeza de la mujer volvía a meterse en el auto. Todo duraba unos segundos, y era bastante admirable el trabajo que se había hecho en un espacio tan reducido (el juguete entraba en la palma de la mano) y el realismo logrado. Lo probó varias veces, muy entretenido, y después probó otros, en

los que lo sorprendió que el tirador fuera siempre un muñequito distinto. Se preguntó si sería una especie de juego de adivinanza (¿cuál es el asesino?) o si fungiría de advertencia para los niños, al enseñarles a desconfiar de todo el mundo.

Pero eso no fue todo. En el fondo de ese sector del baúl, debajo de los regalos, había un grueso objeto achatado de cuero negro, que no tenía nada que ver con él ni con nada que conociera, *a priori*. Eso pasaba por dejar que otros hicieran su equipaje. Tenía algo de anticuado, de superado, de los tiempos en que la servidumbre lo hacía todo por uno. Hasta tuvo un momento de inquietud, al recordar advertencias leídas en aeropuertos, sobre la eventualidad de que manos extrañas metieran subrepticamente material explosivo, o drogas, en el equipaje de un incauto. De acuerdo con estas sospechas, manipuló con sumo cuidado el cartapacio negro, y al sacarlo y reconocerlo sonrió de sus sospechas: era la carpeta de Palmyra, con las notas para su tesis. ¿Cómo había ido a parar ahí? Una confusión del personal, evidentemente. Recordaba que Palmyra se la había mostrado, pero habría podido jurar que había sido en el camarote de ella, y no podía explicarse cómo había ido a parar al de él. Sea como fuera, ahora la tenía él, de regreso a Europa, de donde esos papeles habían venido. ¿Qué hacer con ellos? La joven, en una de sus crisis de nihilismo, había dicho que renunciaba a escribir la tesis, que había decidido abandonar la carrera. Pero podía arrepentirse, o la madre, que parecía tener cierta influencia sobre ella, podía obligarla a terminar lo empezado, y en ese caso necesitaría estos papeles. Si así era, podía enviárselos por correo. Pero lo más probable era que no los quisiera. El abandono había echado raíces profundas en esa bella joven, para su propia desgracia. Una falla de carácter, sangrante, incurable. Que él también la hubiera abandonado no hacía más que confirmarlo.

Ese cartapacio negro, de fino cuero ruso, con la gran S de la Sorbona repujada en la cara superior, cruzándola como una serpiente, se le antojaba el sepulcro de una ilusión de amor. Lo abrió, por ociosa curiosidad, sin sospechar que estaba destapando uno de los dos tesoros de lectura que harían inolvidable esa travesía marítima Bombay-Zúrich. Le llamó la atención la calidad de los distintos papeles, que halagaban tanto la vista como el tacto. Los facsímiles de documentos de cancillería alternaban con los faxes, los recortes de diarios, los informes de distintas agencias intergubernamentales identificables por los membretes y fotos de páginas de libros. No parecía haber nada (después comprobó que no lo había, efectivamente) escrito por Palmyra; todo era documentación reunida.

La segunda lectura le llegó días después, cuando hubo entrado en confianza con el único pasajero del *Angus* con el que entabló conversación. Se trataba de un hindú de mediana edad, el señor Gauchat (se había presentado formalmente la primera vez que se encontraron en el *deck* de reposeras de la cubierta), muy prolijo y elegante, el pelo negrísimo planchado sobre el cráneo grande y redondo, rostro blanco de luna llena, que parecía empolvado y en el que dominaba un par de ojos oscuros como la noche. Jean Ball se había hecho la costumbre de ir a cubierta a tomar el aire marino a

media mañana, y siempre encontraba al señor Gauchat sentado en la misma reposera, enfrascado en la lectura; al verlo cerraba el libro, para iniciar la charla con un comentario sobre el tiempo.

No era su único tema, ni mucho menos. En el curso de los días se reveló como un hombre lleno de historias interesantes, que condimentaba con máximas de su cosecha, proverbios antiguos y curiosas metáforas. Exitoso en los negocios, había vendido recientemente sus empresas para dedicarse a la política. Se postulaba por tercera vez a alcalde de la pequeña ciudad en la que había crecido; en las dos elecciones anteriores había perdido por escaso margen ante el viejo alcalde que renovaba indefinidamente su mandato desde hacía una desmesurada cantidad de años. No era imposible, reconocía, que las elecciones estuvieran amañadas; no tenía pruebas para afirmarlo, empero. De todos modos, no perdía la confianza en una democracia como la de su país: incipiente, imperfecta, pero abrazada con fervor por el pueblo como un juguete nuevo, que seguiría siendo nuevo por muchas veces que se rompiera. En cierto modo, a pesar de las derrotas, sentía que corría con ventaja. Su adversario, por repetido, tarde o temprano terminaría por cansar. La política tenía algo de espectáculo, y una comedia no podía tener mil actos. Era cierto que sus derrotas también habían empezado a repetirse, pero en la India, habituados como estaban a la eternidad, lo nuevo siempre estaba implícito. Su modelo era Richard Nixon, un hombre que había sabido derrotar a la adversidad, pertinaz, el típico derrotado que ganaba. De hecho, uno de los motivos del viaje a Suiza que había emprendido era visitar la tumba de Nixon, y depositar sobre ella un tulipán de plata.

El otro motivo de su viaje era más general y difuso: viajar, simplemente, salir por primera vez de la India, conocer mundo. Había elegido Suiza, ese pequeño gran país, por considerar que en él se resumía todo, todas las formas de la naturaleza y de la sociedad. Ante el gesto extrañado de su interlocutor (que había nacido y vivido siempre en Suiza sin notar nada de esta supuesta totalidad) aclaró que cualquier lugar del mundo tenía estas cualidades de representación, si uno se las asignaba y ponía un poco de imaginación.

Un par de veces, al llegar al *deck*, Jean Ball se había disculpado por interrumpirle la lectura, a lo que el señor Gauchat no hacía comentarios. Un día el joven suizo extendió la disculpa, porque había notado que el libro, pequeño y delgado, era siempre el mismo, y había llegado a darle la impresión de que por cortesía hacia él la lectura estaba estancada, y no la llevaría nunca a cabo. El hindú lo desengañó: la finalidad de la lectura no era terminar los libros. Para algunos lectores podía serlo, pero no era su caso. A él le gustaban las interrupciones, porque sentía que enriquecían la lectura. Le daban un ritmo que de por sí no tenía, al ser una actividad que se llevaba a cabo con una sola facultad manifestándose a repetición. Además, ese libro en particular, lectura de pasatiempo, construida a fuerza de los clichés narrativos de la novela popular de aventuras, era pura continuidad: si uno se entregaba a ella se perdía en la caída infinita de la línea recta.

—Todo eso es chino para mí —dijo Jean Ball.

—¿No tiene el hábito de la lectura?

—Me temo que no. El último libro que leí, lo leí siendo un niño, por emulación con la infancia de Calvino. Pero ese último libro ya se perdió en mi memoria.

—Es curioso. Siempre había creído que los europeos empleaban sus ocios en el comercio con los libros, como los musulmanes.

—Yo imagino el apocalipsis en la forma de una biblioteca.

—Bueno, ahí podría acompañarlo. Aun siendo un lector asiduo, o justamente por serlo, tengo horror de las bibliotecas. Más de tres libros juntos ya me producen escalofríos.

—No entiendo —dijo el suizo genuinamente intrigado—. Me dijo que lee habitualmente, y si es así los libros se acumularán.

—A mí no se me acumulan: los leo y los tiro.

La intriga se profundizaba en una mente de corte más bien convencional.

—Sinceramente creía que la posesión de los libros estaba al mismo nivel que su lectura. Esto contradice todas mis ideas sobre la lógica del consumo como inversión. ¿No ha considerado algún modo de preservar el valor?

—No perdería el tiempo en buscarlo. Estos libros son muy baratos, y además lo poco que cuestan se desvanece una vez que se los ha leído. Todo el mundo los tira después de leerlos. A lo largo y ancho de Kerala, al costado de los caminos, pueden verse las pilas de libros descartados.

—¿No reciclan el papel?

—No hemos llegado a ese estadio de la civilización, señor.

Jean Ball quedó pensativo un momento. Al haberse mantenido ajeno toda su vida al mundo de los libros, lo veía en una perspectiva totalmente especulativa, como si lo estuviera inventando.

—Se me ocurre que la acumulación material es el reflejo de la cultura que se va construyendo con las sucesivas lecturas...

El señor Gauchat lo interrumpió:

—No se haga ilusiones, mi joven amigo. Estos libritos no tienen nada que ver con la cultura, con lo que nosotros los hindúes entendemos por cultura. La han dejado atrás, como que salen del fondo común de chascarrillos proverbiales, y del inagotable anecdotario de la religiosidad popular, que en su volubilidad es destructora de cualquier construcción cultural.

Ésa y otras expresiones similares despertaron la curiosidad de Jean Ball por el libro en cuestión, y cuál no sería su asombro al ver, cuando el señor Gauchat lo dio vuelta, que se trataba de un título de la serie de «Las Aventuras del Buda Eterno», con una tapa tan chillona y de tan mal gusto como las que le habían mostrado en las oficinas de Brain Force.

—Es el último número —comentó el señor Gauchat al ver su interés—. Lo compré al embarcar, en el quiosco del puerto; había salido ese mismo día. Es una

publicación semanal, promovida por una firma de Bombay.

—La conozco. Casualmente tuve que ver con esa compañía, y hasta con el protagonista de la serie.

El señor Gauchat se rió con ganas. Jean Ball siguió:

—Lo que no me quedó claro es quién las escribe.... En cuanto a quién las lee.....

—Como viejo fan de este material, puedo decirle que la escritura, anónima, parece ser fruto de un trabajo colectivo, en el que los diversos autores no tienen una idea muy clara de lo que están haciendo los otros. La consigna debe de ser completar cada miércoles los treinta mil caracteres, con espacios, a como dé lugar, para mandarlo a la imprenta y que esté en la calle el miércoles, con fecha del lunes. Con semejante prisa, no debe de haber ocasión de pensar mucho. Rellenan con episodios de viejas películas, sueños, leyendas, las páginas policiales de los diarios.... Usted dirá que en estas condiciones el resultado tiene que ser un azar de disparates. Lo es, de acuerdo, pero recuerde que estamos en un país de dioses, y por lo visto aquí actúa una diosa específica y benévola que transforma ese mamarracho.

No muy convencido, pero sin elementos intelectuales para discutir, Jean Ball preguntó cuál era la tirada.

—Entre cinco y seis millones de ejemplares.

—¡¿Tanto?! ¿Todas las semanas?

—En los meses de monzón sube a siete. Se distribuye a lomo de elefante.

A otra pregunta respondió que costaba una rupia. Jean Ball hacía cálculos mentales. Las ganancias tenían que ser descomunales, y eso significaba que le habían ocultado una parte de la verdad en Brain Force, al decirle que el Buda Eterno no era negocio para ellos, y que conservaban su representación sólo por lealtad. Recordó las quejas de la señora Gohu, en la modesta casita del Punjab, sobre las estrecheces a las que se veían sometidos. Mientras tanto, esos falaces ejecutivos se llenaban de oro. La diosa literaria a la que se había referido Gauchat no era tan benévola, o lo era muy selectivamente.

Acto seguido, el hindú le tendió el librito.

—Se lo regalo, léalo y entenderá lo que le estuve contando.

—Me gustaría, porque ha despertado mi curiosidad, pero no quiero despojarlo en mitad de la lectura.

—Ya lo terminé. Estaba en la última línea cuando usted llegó. Esta clase de libros no tiene mitad.

—Siendo así, se lo agradezco. Lo voy a empezar hoy mismo, después de la siesta.

—Le advierto que a sus oídos europeos puede sonarle un tanto raro. Esto ha sido escrito para que lo lean demasiado lejos de donde se leen los libros que usted conoció en su infancia. Sólo un hombre de dos mundos como creo serlo yo puede medir la distancia, y acomodarse a la inversión que produce la distancia. Van dirigidos a un estrato social recientemente alfabetizado, que pide emociones fuertes, argumentos

simplificados, libros breves para terminarlos en una semana, y un blanco y negro sin matices. Ya la profusión de ilustraciones es una señal del nivel. Abusan de los dibujos, para llenar páginas y darle un volumen símil libro a lo que en rigor no sería más que una *plaque*, ya que escriben poco, no les da el tiempo para extenderse mucho. Y como tendrían menos tiempo todavía para mandar a hacer las ilustraciones, las toman de los repositorios de grabados interreligiosos, un poco al azar, y después improvisan el texto según ellas. El resultado es un auténtico despropósito. Pero si lo leyera un intelectual europeo, un Schopenhauer, un Camus, un Nixon, lo encontraría no sólo coherente sino también profundo y sutil. Tanta, y tan poca, es la diferencia entre nuestras respectivas culturas.

Así fue como Jean Ball, de no leer nada, pasó a leer dos cosas al mismo tiempo. Y le gustó. No tanto por lo que leía como por la elegancia rara y genial de aislar la mente, ponerla en la crisálida y admirar el delgadísimo velo invisible, el espacio secreto. El camarote quedaba con la luz encendida hasta pasada la medianoche, el ojo de buey como una moneda de oro en la tiniebla del océano. El mar rugía como si mil terremotos estuvieran sacudiendo el fondo, olas de veinte metros de alto azotaban los flancos del *Angus*, mientras el cielo descargaba torrentes de agua negra trenzada con rayos. Tiburones, ballenas y calamares gigantes asomaban a la superficie turbulenta, los ojos encendidos como tizones por la electricidad, y una multitud de peces menores morían en el aire y las ráfagas de un ronco viento sísmico los arrastraban hasta el seno de las nubes.

A continuación ofrecemos, a guisa de capítulos finales, una parva selección de los documentos reunidos por la pobre Palmyra (Cap. VI) y el texto completo, sin las ilustraciones, del espécimen de novela semanal (Cap. VII).

Capítulo VI

«El período de tensión», decía uno de los recortes de diarios hallados en el cartapacio negro, «se extendió entre el cuatro y el ocho del mismo mes». Un paréntesis aclaraba: «Lo mismo ocurriría entre el veinticuatro y el veintiocho». Más adelante: «Una reparación de la confianza de los dirigentes de la representación de la India se hacía más y más necesaria, pero no había tiempo ni entre el cuatro y el ocho de ese mes, y se lo intentó sin éxito entre el veinticuatro y el veintiocho. De ahí las manifestaciones de inquietud entre los representados».

El estilo era torpe, la gramática defectuosa, en cualquier idioma en que se la intentara. La justificación era que esos artículos se escribían sobre la marcha de los acontecimientos, y éstos habían sido de una velocidad y peligrosidad que explicaba la prisa (Palmyra por lo visto había tocado un punto sensible de las Relaciones Internacionales: las comunicaciones en momentos de crisis, sus interrupciones y malentendidos). Más importante era que esos textos se escribían con un fin concreto, cual era el de informar, o registrar, o hacer llegar mensajes vitales, lo que hacía improcedentes los cuestionamientos estéticos, y hasta los de corrección. Salvo que esas torpezas, repeticiones, rimas internas, anacolutos tuvieran función de código para filtrar por debajo de una cháchara sin vuelo datos de importancia. En ese caso, lo que parecía escrito con prisa chapucera habría sido meditado largamente, pulido hasta la exasperación. Algo de eso sugería otro recorte, aparentemente del mismo diario inglés:

«Consultado por este medio, el abogado a cargo de la defensa de los litigantes suizos, doctor Heinrich Hoffmann, respondió que las operaciones inmobiliarias llevadas a cabo por las depuestas coronas de Kerala no eran pasibles de ser llevadas a los tribunales de Nueva York, aun cuando su legalidad fuera cuestionada por la familia Ball. Los fondos depositados en los Estados Unidos se volvían intangibles desde el momento en que se certificaba el emprendimiento madre. Interrogado acerca de la oposición presentada al proyecto por los habitantes del cantón afectado, el Dr. Hoffmann recordó la incompatibilidad de tradiciones populares como el “camino de los muertos” con planteos de modernización. La agencia suiza a cargo había habilitado a los derechohabientes Ball a renovar los contratos por explotación de sendas, pero no cedía la exclusividad de las concesiones dadas anteriormente en Kerala. Los confusos dictámenes de gobiernos vecinos, en opinión del jurisconsulto, quedaban morigerados temporariamente por esta causa».

Una cita de documentos de índole religiosa, aportados por los abogados de la casa reinante en Kerala en el momento de la transacción, explicaba someramente y de modo indirecto a qué se refería ese «camino de los muertos»: «Toda ausencia debe ser tomada en préstamo por las presencias traídas a atestiguar. La contradicción en la sustancia ratifica la unidad de los opuestos, y el territorio reclamado por las condiciones cambiantes sólo puede ser atravesado previamente, el lunes anterior».

Seguía el periodista inglés: «La donación Ball a la Cadena Conventual no contemplaba la reanudación de las peregrinaciones. Un documento póstumo del Propietario las consideraba “sin objeto”, y preveía en su lugar la impresión de folletos ilustrativos».

Otro documento fotocopiado, con membrete de una administradora de inmuebles: «Todos los calendarios fueron hechos con el método del juguete llamado “pizarra mágica”, de modo que se los pudiera borrar periódicamente. Cada vez que se rompía un vidrio en el establecimiento se anotaba la fecha en la superficie virgen. Los vidrios grandes ocupaban un mes, los medianos una semana, los pequeños un día. Los registros ocultaban de este modo que se habían roto vidrios sólo para hacer pasar un lunes por miércoles, y viceversa».

Un informe desclasificado: «Las autoridades de las regiones análogas de la India no prestan atención a las noticias del proceso. En ese sentido nuestros agentes pueden proceder con tranquilidad. El gobierno central envía instrucciones contradictorias, lo que ha dado por resultado una completa pasividad local ante las actividades de la fraternidad Mrobot. Varios vedantas han sido identificados en los vapores que recorren el interior de Zúrich. Se trata de pequeños envases de vidrio verde, con supuesta utilidad en floricultura. Están dotados de tubos flexibles y sensores también verdes. Cada traslado de un país a otro es precedido por una desinfección con sustancias químicas en electrólisis permanente. La alarma que producen estos procedimientos, sumada a la presencia de los vedantas, ha desviado momentáneamente la atención prestada por las capas populares a este penoso enfrentamiento de dos naciones amigas».

El Colegiado brahmánico, por su parte: «La Reencarnación, el otro camino de la muerte. ¿Qué quieren los suizos de nosotros? ¿Qué nos ha dado Zúrich que no le hayamos dado nosotros antes?».

Era difícil encontrar el hilo que unía a esta crestomatía heteróclita. Había una temática fugitiva, pero casi como podría haberla en una reunión casual de textos tomados de aquí y allá, sin un propósito definido, sólo por la tipografía o por cualquier característica ajena a los contenidos. Quizás era lo que realmente había pasado. Palmyra se lo había dicho con medias palabras: sus estudios eran un simulacro en el que ella misma no creía. Su propósito de escribir una tesis podía haberse saboteado desde adentro. Como alguien que quisiera escribir una novela de aventuras a partir de los episodios de heroísmo y cobardía desperdigados a lo largo de los siglos.

Pero las tramas de oscuros negocios internacionales, como parecían serlos éstos, eran así: tenían puntas, extremos coincidentes que asomaban por los ángulos más inesperados, dando la impresión, errónea, de que el universo entero estaba implicado. Y más tratándose de países tan alejados no sólo geográficamente sino en historia y cultura, como lo eran la India y Suiza. Lo concreto y lo abstracto, lo sagrado y lo profano, el buen y el mal gusto bailaban una loca danza de contigüidades y lejanías,

éstas a su vez sustituyéndose una a la otra sin aviso.

Un recorte de diario contenía un artículo ilustrado con una foto, bajo el título «Deja la escena célebre cantante»: «El famoso tenor Amadeus Hoffmann anunció en conferencia de prensa su retiro de la actividad, después de treinta años de éxitos en los más prestigiosos escenarios del mundo, ante los públicos más exigentes. El anuncio fue hecho en Londres, donde Hoffmann había dado una prueba más, que sería, ¡ay!, la última de su incomparable maestría. En una deslumbrante serie de actuaciones en el Covent Garden fue aplaudido por los melómanos ingleses en algunos de los papeles verdianos y puccinianos que hicieron su prestigio. Lo acompañaba en la conferencia su hermano, el destacado jurista Heinrich Hoffmann, de controvertida actuación en el caso Mrobat, que tuvo en vilo a la población de los barrios periféricos de Zúrich durante el otoño. Su presencia, y el hecho de que respondiera él a la mayoría de las preguntas que se le hacían a su hermano, dio lugar a diversas especulaciones, apuntadas a la posibilidad de que la decisión del tenor tuviera que ver con cuestiones familiares. Los interesados aseguraron que no era así: la reunión de los hermanos había sido casual en la ocasión (por cuestiones de trabajo hacía treinta años que no se veían), provocada por la visita del jurista a la capital inglesa para negociar las indemnizaciones debidas a las corporaciones indias. No obstante estas afirmaciones, persistieron dudas sobre la inopinada decisión de un artista joven aún y en la plenitud de sus recursos vocales.

»Recordarán nuestros lectores que once meses atrás una investigación llevada adelante por este diario dio cuenta de la compra realizada por el cantante de una extensa propiedad en el cantón de Zúrich. La millonaria operación fue objeto de críticas por los viejos residentes de la zona, dado que unificaba en un solo complejo los parques históricos del llamado “camino de los muertos” y la famosa réplica de Kashmir. Los rumores que se difundieron entonces decían que el fundo Hoffmann, ex Mrobat, tenía una superficie igual a la de Dinamarca. Como es bien sabido, la superficie del hermano país escandinavo antigua sede *viking* es de cuarenta y tres mil kilómetros cuadrados, dos mil más que la superficie total de los cantones sumados de Suiza, que apenas supera los cuarenta y un mil. Las alarmas inmotivadas de semejante cálculo irracional (la parte mayor que el todo) se apoyaba en la fama ambigua y teñida de malentendido lingüístico, del reciente propietario. Más verosímil habría sido calcular las velocidades relativas del Limmat. Pero nadie lo hizo.

»Consultado en Londres sobre la relación entre la compra y el retiro, Amadeus Hoffmann, por boca de su hermano, respondió con notorio candor que su instalación en Suiza tenía por finalidad evitar los expropiatorios impuestos que estaba pagando en Francia. La condición que le imponía el estado cantonal de Zúrich para esta exoneración era que, como había sucedido con Simenon y Chaplin, se abstuviera de trabajar. ¿Su voz privilegiada callaba sólo para no alimentar las arcas de un fisco voraz? Parecía un efecto sin relación con la causa. Lo que alimentó una vez más la sed de misterio.

»El apodo de “Mago Tenor” que había ganado en su juventud Amadeus Hoffmann respondía no sólo a sus superlativas dotes vocales sino a una habilidad única, que dio lugar a no poca controversia. Se trataba de la capacidad de su voz de subir y bajar al mismo tiempo por la escala cromática. Este recurso, del que muchos descreían, fue demostrado en su primera (y única) participación en el festival de Bayreuth, cuando un público atónito pudo oírlo en un aria heroica subir y bajar en la escala en vectores sonoros simultáneos. A partir de entonces la leyenda envolvió su figura, no menos que las dudas y sospechas. A la incertidumbre la alimentaba el hecho de que las grabaciones, aun con los equipos de registro más fino, no tomaban el fenómeno. Sólo se lo podía oír en vivo, cuando el tenor, en un arrebató de inspiración en medio de un aria de lucimiento, realizaba el prodigio; no lo hacía con frecuencia, por lo cual los que lo habían escuchado podían considerarse privilegiados. O quizás no tanto, porque la experiencia tenía algo de desconcertante y se alojaba en la memoria auditiva como un agente activo que roía la apreciación musical. Tenía algo de peligroso, pero aun así la curiosidad podía más. Había aficionados que lo seguían en todas sus presentaciones con la esperanza de oír el famoso momento, a veces pasando años sin lograrlo (y aprendiéndose de memoria, de paso y sin quererlo, una cantidad de óperas). Una de las hipótesis lanzadas, a la luz de la imposibilidad de grabar magnetofónicamente el hecho, era que se trataba de una especie de hipnosis mecánica o sugestión disparada por algún semitono inexplorado del espectro. Su ocurrencia azarosa en el tiempo y el espacio, más la negativa del tenor de prestarse a exámenes, hizo imposible que lo estudiaran los científicos. Entre los que negaban de plano su existencia, y los que opinaban que aun existiendo no era más que una atracción de feria, a nivel de la mujer barbuda o el ternero con dos cabezas, un firme frente denigratorio corrió paralelo a su carrera.

»Con su retiro, el enigma no hace más que profundizarse. En los corrillos periodísticos tras la conferencia de prensa que lo anunció, se barajaban hipótesis diversas. Una de ellas, teñida de cauciones persecutorias, presumía que el tenor habría adquirido la costosa propiedad con fondos proporcionados por su hermano, cuya reaparición en su vida en este preciso momento quedaría explicada así. Si esos fondos provinieran de las indemnizaciones pagadas por la Asociación de Iglesias suizas en el proceso de la donación Ball, se explicaría asimismo que el sitio elegido incluyera en sus terrenos el “camino de los muertos”. Otra hipótesis menos arriesgada proponía que el retiro se debería sólo a la humana necesidad de marginarse del acoso creciente al que estaba siendo sometido el artista por parte de científicos y diletantes tras el secreto de la Reversión Simultánea, como se la ha dado en llamar; avanzando un paso más en esa dirección, han dicho que el secreto encierra la clave de los misterios milenarios del tiempo, y que su revelación daría paso a avances incalculables en el conocimiento del origen del universo. Nadie en su sano juicio puede tomarse en serio semejantes proyecciones de la fantasía. La credulidad del enrarecido mundillo de la ópera se ve alentada, empero, por el hecho de que

Amadeus Hoffmann haya pasado parte de su juventud en la India, donde habría aprendido, de maestros ancestrales, sus capacidades esotéricas. El mundo fabuloso del Oriente, velado por mil distancias, colorea, sin hacerlas más creíbles, estas noticias».

Capítulo VII

«Creía que hoy era el lunes pasado», se dijo el Buda Eterno fuertemente atado a la estatua. Ese involuntario error lo había puesto en manos de sus más encarnizados enemigos, los Monoteístas. Ellos salían de cacería siempre un día después, y él, pobre incauto distraído, había creído estar a salvo en el día antes. Ya era tarde para lamentarse. Pero si no fuera tarde, no podría lamentarse y no habría dado el mal paso. Tenía un verdadero almanaque grabado en el cerebro, con sus idas y venidas personales marcadas en código, cada día de la semana, del mes y del año con un autito, una canilla, un peine, un ojo; jeroglíficos figurativos que nadie más que él entendía y que significaban «explorar las nacientes del Indo», «combatir con los falsos yonis», «acabar con el espionaje industrial en el Punjab», en fin, todas las andanzas que han venido siguiendo sus lectores. Pero las casillas donde estaban los signos, trazadas en la superficie blanda y fluida del tiempo, una superficie hecha no de puntos sino de superficies, cambiaban de lugar sin aviso y le propinaban sorpresas tan desagradables como ésta. Los nombres de los días se perdían en su propia sucesión. Hacía rato que estaba tratando de librarse de las cuerdas que lo amarraban a la estatua, con el resultado sumamente adverso de ajustarse cada vez más a ella. Su capacidad de evasión, tantas veces probada, le habría permitido hacerlo, de no ser por la torpeza desesperada que le hizo debatirse a ciegas, como un insecto, para terminar enredando y tensando las cuerdas en nudos pertinaces. Y ese malhadado apuro también fue un error: había querido aprovechar el sueño de los Monoteístas, antes del inminente amanecer. Y resultó que el amanecer era más oscuro que la más negra medianoche, y sus mortales enemigos seguían durmiendo. No había recordado que el fenómeno de la transformación del amanecer en medianoche era corriente en las fronteras del Nepal. Aunque lo hubiera recordado no lo habría aplicado, porque no creía estar en ese sitio peligroso por excelencia. Habría podido jurar que no había llegado tan lejos, ¡si sólo había salido a dar una caminata para bajar la cena! Y las fronteras de Nepal estaban muy lejos, legendariamente lejos. Pero también sabía que sus pasitos de niño, uno tras otro, podían llevarlo muy lejos. Y generalmente lo llevaban al punto donde su vida y su prestigio se ponían en juego. El único modo de evitarse problemas habría sido quedarse en su casa, leyendo un Sutra o tomando té; solución poco menos que impracticable para alguien que conviviera con la insoportable señora Gohu. Los esfuerzos por liberarse, como ya se dijo, lo habían apretado más contra la estatua, y ya no podía mover ni uno de sus pequeños miembros. Los Monoteístas, en una vuelta de tuerca extra del escarnio, lo habían atado a una estatua de sí mismo en tamaño natural, tallada en piedra por rudos montañeses para quienes la estética era la última de sus preocupaciones. Tratándose de otro dios o semidiós, la torpeza de la factura habría dificultado el reconocimiento. Con nuestro amiguito no era así, tan salientes eran sus características. A él se lo reconocía de lejos, quizás porque siempre parecía visto de lejos. Más de una vez eso

le había jugado en contra, y en esta oportunidad doblemente, ya que los rasgos identificadores, al ser «salientes» (doble acepción que sólo se daba en indi, y haría incomprensible el episodio si esta aventura alguna vez se tradujera), se le incrustaban en la espalda en forma tan incómoda como indecorosa. Revolverse tratando de cambiar de posición no servía de nada. Buscar un auxilio fuera de él tampoco lucía muy promisorio. Aun así, trató de concentrarse. Hasta ese momento, absorto en la angustia de bestezuela caída en una trampa, no había mirado siquiera dónde estaba. La profunda oscuridad ventosa no era lo ideal para la contemplación, pero algún demorado relámpago entre los árboles le permitía ver los lineamientos generales del campamento de los Monoteístas. Las carpas de campaña en las que dormían eran de austera tela blanca; su forma trapezoidal y la disposición simétrica en que se alzaban las asemejaban a un ejército de aves decapitadas esperando en la tiniebla. También blancas, y por ello visibles en el mar de negro, yacían las estatuas, en montón. Eran estatuas de dioses, saqueadas de los templos y traídas a las fronteras del Nepal para futuras operaciones. No estaban todos, por supuesto, porque nadie había llegado a agotar el catálogo, pero la colección era impresionante, y no auguraba nada bueno. Desde hacía años venían produciéndose estos robos, sin explicación visible. Lo normal habría sido que los Monoteístas (pues se sabía que eran ellos los autores) destruyeran estas estatuas en su furia iconoclasta. ¿Por qué se tomaban el trabajo, ciertamente esforzado, de cargar con esas pesadísimas esculturas y llevárselas a sus escondites? Se especulaba que lo hacían para vejarlas a gusto, pintarles bigotes o travestirlas con ropa indecente. Había quienes disculpaban los robos diciendo que eran estatuas en desuso. El Buda Eterno, desde su obligadamente fijo punto de mira, podía comprobar que no se había efectuado vejación alguna; por el contrario, se las mantenía en buen estado. El uso que les darían era otro, mucho menos simbólico, como él había venido involuntariamente a demostrarlo: habían empezado con él. Atarían a cada una al dios correspondiente, a medida que los fueran atrapando. La cacería estaba en marcha. Era dudoso que se salieran con la suya enteramente, pues había dioses muy escurridizos, algunos tan impalpables como el soplo de aire que mueve las alas de una mariposa. Pero a él sí lo habían agarrado. No era difícil imaginar el propósito que los guiaba. Atar al dios a su reproducción, y dejarlo así para siempre, cargando con su imagen en piedra como debía cargar la culpa por alentar la fantasía supersticiosa de los pueblos, era suficiente alegoría. De la religión, lo mismo que de la neurosis, se decía que ataba al hombre a sus fantasmas con lazos invisibles, pero ésa era una metáfora. Él estaba atado con cuerdas reales, de polipropileno, y cuando se despertaran lo llevarían de gira, por toda la sinuosa frontera de Nepal, exhibiéndolo a la risa y el escarnio de gente cuya psicología colectiva se alimentaba de ídolos caídos como sus cuerpos se alimentaban de arroz y mangos. Esa melancólica perspectiva le hizo pensar en su aspecto. ¿Cómo se presentaría ante un público descreído? Estaba desencajado, eso está de más decirlo, y flácido por las tensiones previas. Tenía puesto el chaleco rojo, los bombachones

cuadrillé, escarpines de charol, y en la cabeza el sombrerito con la pluma que él había creído elegante alguna vez. Lo invadió la tentación de entregarse a su suerte. Buscaba desesperadamente en su pequeño cerebro contrahecho argumentos mahayanas para resistir al derrotismo. Pero en esas ocasiones, tan frecuentes en su vida de perseguido, su cabecita se vaciaba de sutras y sólo podía pensar en sobrevivir, así fuera escapándose por un agujero en la tierra. Un conato de resistencia interior se agotó en sí mismo. Se quedó muy quieto y paró la oreja. Su vieja conocida, la hiena blanca, venía entre los árboles. Parecía hecho a propósito, por un artista de los contrastes: en el negro de tinta china de la tiniebla de ese amanecer negativo, todos los objetos y seres eran blancos: las carpas a un lado, las estatuas al otro, y entre ambas, sinuosa y amenazante, la hiena blanca, fosforescente de tan blanca, los ojos de lagarto, verticales y con la pupila totalmente dilatada, la baba cayendo en hilos pegajosos de la jeta torcida entreabierta. La sangre se heló en las venas de nuestro héroe. El miedo a los Monoteístas retrocedió a un segundo o tercer plano: podían seguir durmiendo indefinidamente, como lo habían hecho en el pasado o en la eternidad de la que se creían propietarios. En cambio la hiena blanca estaba muy despierta, era la imagen misma de un insomnio atroz que ya muchas veces había amenazado con comerle los pies y las manos. Y ahora lo tenía a su merced, atado como un matambre, servido, podría decirse, en un plato de porcelana. Cerró los ojos al espectáculo de la bestia, pero oía sus pasos afelpados al ritmo de su propio corazón, tan iguales que era como si la hiena blanca fuera su corazón. ¿Quién podría salvarlo? La soledad infinita de las fronteras de Nepal no daba opciones. Había una sola respuesta: la señora Gohu, el simpático personaje femenino que siempre estaba en tren de eclipsar al protagonista. A diferencia de él, que actuaba de modo automático y hacía lo que había que hacer, sin más, ella, mujer al fin, siempre tenía una objeción que hacer. No se conformaba con ser lo que era, a la vez que se negaba terminantemente a cambiar. Había declarado, desde la tribuna que le ofrecía el relato de «Las Aventuras del Buda Eterno», su intención de dedicarse, ... qué curioso e inesperado, a la práctica del arte. Esto había sucedido inmediatamente después del desenlace, feliz por casualidad, de la aventura que los había enfrentado a la banda Ganesha. El viaje de urgencia a las fronteras de Nepal, los peligros que había corrido allí, la habían dejado exhausta y había jurado que era la última vez. En adelante tendrían que arreglárselas sin ella. Se retiraba de la acción, para emprender otro tipo de acción, la artística. Nunca más sus plantas pintadas de rojo bermellón hollarían las fronteras de Nepal: haría de ellas obras de arte. Respondía así a viejas aspiraciones, siempre postergadas por el llamado del deber. La suya, decía, había sido una vocación contemplativa, que anhelaba la creación nacida de la fantasía: el juego de las formas y los colores, asociado a la inteligencia. Su juventud desolada al servicio de magnates egoístas había alejado esa posibilidad de realización en el momento en que habría sido más fecunda. Y cuando un golpe de suerte, que era también un golpe de fantasía, la hizo famosa y la liberó del yugo de la servidumbre, su misma fama la encadenó a una deidad inepta y pueril

que no podía parar de meterse en sonados embrollos, semana tras semana, para seguir a flote. No tenía otro recurso con el que mantener vivo el interés en su persona. Si al menos supiera salir por sus propios medios de los líos en los que se metía.... Pero siempre terminaba, por una increíble torpeza que parecía adrede, al borde de la ejecución sumaria, y ella tenía que hacer de *deus ex machina* para salvarlo. Una aparición salvadora de último momento no habría sido tan grave, porque podía despacharse en unos minutos. Lo malo era que a esos pocos minutos había que darles un verosímil convincente y eso implicaba una larga serie de acciones concomitantes, que consumían una enormidad de tiempo. Y como si eso fuera poco, en los intervalos debía ocuparse de lo impostergable: el lavado, el planchado, la comida, la limpieza, el monótono cosmos del ama de casa de la que se burlaban las intelectuales con servicio doméstico. ¿Cómo pretender hacer arte en esas condiciones? A su declaración respondieron innumerables cartas de lectores, tratando de convencerla con los argumentos más diversos, pero casi todos coincidentes en el elogio de la aventura, de su emoción que hacía valer la pena vivir. Lo contrastaban con sus propias vidas opacas y rutinarias, unos presos en la sórdida oficina burocráticas otros en la árida fatiga del vendedor ambulante, en el aula, en el taller, manejando un taxi, todos envidiándole sus andanzas, hechas de novedad e imaginación. ¿Qué idea era ésa de rebajarse a las sedentarias manualidades del lápiz o el pincel, cuando ya estaba practicando un arte superior? La aventura en sus distintos episodios, en el suspenso que generaba, los escenarios variados en los que tenía lugar, los personajes extraños que hacía intervenir, generaba en los lectores la clase de visiones y fervores propios de las formas más convencionales del arte. ¿Acaso cuando perseguía a un cocodrilo mutante, o cuando debía internarse en los pasadizos sembrados de trampas de un templo perdido, no debía combinar colores, formas, sonidos, movimientos? De hecho (exageraban en su afán de dejarla contenta, en esas cartas que en realidad no escribían los lectores sino los redactores de las Aventuras, temerosos de quedarse sin un personaje tan funcional), lo que en las fronteras de Nepal llamaban arte no tenía punto de comparación con lo que ella estaba haciendo al auxiliar al diosecillo irresponsable. De más está decir que no la convencieron, no sólo porque esos argumentos eran bastante tirados de los pelos sino también porque ella era de la clase de mujeres a las que no les gusta que las convenzan de nada. Si se hubiera puesto a discutir, cosa que no hizo porque estaba harta, habría podido decir que no era cuestión de poner en la balanza de la vida real a esas famosas aventuras, que estaban hechas de ficción hasta la última coma. Los aterrizantes peligros que corría el héroe eran pura mascarada, ya que nunca lo matarían: como su nombre lo decía, era eterno. Todos los tigres que siempre estaban a punto de devorarlo eran tigres de papel. En cambio ella (y aquí la asimetría se revelaba en su cruel injusticia) era una mujer madura, en la que el Padre Tiempo imprimía día tras día sus huellas impiadosas. No era cuestión de seguir llorando la juventud fugitiva. Su decisión era inapelable. Se lo advirtió severamente al Buda Eterno: que no se metiera en líos porque ella no estaría

disponible. Él, como siempre, la oyó como quien oye llover. Pero alguna impresión debió de causarle, porque empezó a limitar sus salidas a la caminata digestiva después de la cena. En la calma, esperando que no fuera momentánea, ella se dispuso a estrenar su talento en el campo de las artes plásticas. Quería probar la técnica del *frottage*. Había descubierto que poniendo un papel delgado sobre una moneda de una rupia, y frotando sobre él la mina de un lápiz, aparecía la imagen de esa cara de la moneda. Su fantasía altamente inflamable vio ahí grandes posibilidades inexploradas. Si se lo podía hacer con una moneda se lo podría hacer con cualquier otra cosa que tuviera una superficie con relieves; y había pocas cosas que no la tuvieran. Lo bueno del método era que el dibujo se producía por sí solo, sin participación de un don natural del que lamentablemente ella carecía. Tan importante como ese mérito era otro, que le prometía las más amplias gratificaciones: su universalidad. Poniendo un papel sobre cualquier cosa podía obtenerse su retrato fiel. Y realmente ella pensaba en cualquier cosa, en todas las cosas: del lado de lo obvio, un azulejo islámico, una vieja puerta, una servilleta bordada; pero del otro lado una flor, un insecto, la brisa de la tarde, un montón de tornillos y tuercas, una cabellera.... Era cuestión de agenciarse el papel adecuado para cada caso, y el grafito o la emulsión más propicios a la tarea. Un mundo de experimentación se abría ante ella. No tenía la solemnidad con que en la frontera de Nepal se encaraba al arte, a fuerza de ceremonias y pretendidas trascendencias; esto podía pasar por un estudio de volúmenes y densidades, hecho por motivos prácticos; o en todo caso podía pasar por un entretenimiento, una excentricidad, un *hobby*; un *hobby* maravilloso que a la vez era la más perfecta expresión de su yo profundo. Pero el proyecto no se llevó a cabo, ni siquiera con el primer *frottage*. El Arte quedó en suspenso, y no por una recidiva de la Aventura sino por causa del tercer elemento con el que se jugaba su suerte: el Amor. El apuesto demonio que había herido su corazón, el Djinn Bowl, volvía a su vida, con toda la inoportunidad de los extranjeros. Sus apariciones siempre estaban marcadas por la urgencia: venía por un día, o por dos, por tres como máximo, y había que dejarlo todo para atenderlo. En el caso de la señora Gohu la pérdida no era sólo de tiempo y atención a sus asuntos personales, sino también de sangre de su corazón. Con toda la fama y la experiencia en los distintos planos de lo profano y lo sagrado, seguía siendo muy provinciana, una punjabí de aldea, y había sucumbido al dudoso prestigio de un europeo de traje blanco y modales refinados. Tímida en el fondo, había ocultado celosamente sus sentimientos, con lo que sólo había logrado que echaran raíces y se volvieran el núcleo de su ser más secreto. Las fantasías que tejía en la mente alrededor de una posible relación con él estaban marcadas por una fuerte impronta de imposible, lo que terminaba angustiándola. ¿Pero había algo más angustiioso que la edad? Podía ser su madre, y se sabía sin dotes físicas que pudieran atraer a un hombre como él. Él los tenía para atraerla a ella, y no sólo físicos. No era tanto la riqueza, que quizás era ilusoria; acudía al Punjab como representante de los bancos suizos, y viajaba en gran estilo, pero todo su despliegue se hacía seguramente con plata ajena;

a fin de cuentas, no debía de ser más que un empleado. Pero una fama secreta lo seguía: la de escritor aficionado, escritor *gentleman*, no comercial, y una parte de la fascinación que despertaba en la señora Gohu provenía de ese hecho, no comprobado por ella ni por ninguno de sus conocidos porque los libros del Djinn, si es que eran algo más que un rumor, nadie los había visto. Pero esta ignorancia no hacía más que volverlo más interesante para ella. Desde el ambiente de novela seriada folletinesca de trazo grueso en el que se desarrollaba su existencia, la deslumbraba la promesa de una literatura elitista, vanguardista, emparentada con las grandes tradiciones de la cultura europea. Sabía, por intuición, que un escritor que trabajaba a partir de su vocación, sin exigencias de mercado, se inclinaba inevitablemente a lo autobiográfico; de modo que si ella lograba entrar en su vida, dejar en ella una marca, su ingreso en la Literatura con mayúsculas estaría asegurado. En fin, había un cúmulo de características del visitante que habían coincidido en encender en ella el fuego devorador llamado Amor. ¡A su edad! Prefería no pensarlo. Si era necesario, viviría en el sueño, cerraría los ojos a la realidad. Salvo que en esta ocasión la realidad vino con una marca imposible de ignorar. El Djinn Bowl había venido acompañado, y con la clase de compañía más atentatoria contra las esperanzas, por lo demás infundadas, de su enamorada local: una bonita joven veinteañera, de nombre Palmyra, típica belleza de Bombay, de pechos grandes, baja estatura y ojos de lustroso azabache. Por suerte la tortura de verlo con otra sería breve. Él anunció que se quedaría nada más que un día. Aun por tan poco tiempo alquiló el Palacio de la India Antigua. Este edificio se alquilaba para fiestas o eventos, pero la falta de aseo regular y el descuido de sus ocasionales ocupantes habían producido un marcado deterioro en su decoración, ya de por sí frágil. Los enrejados de marfil, que habían hecho la admiración de Occidente, al estar formados por un entrelazamiento de agujeros disimulaban mal que bien los faltantes. Con los almohadones era otra cosa porque de los agujeros brotaba un ectoplasma de olor punzante que no tapaban ni los sahumeros más fuertes. El problema estaba en los fantasmas, fruto de maniobras de dominación cultural que se habían vuelto en contra de sus estrategos. La clase pudiente se había enterado, en las universidades europeas donde estudiaba, del valor de patrimonio histórico-artístico de las viejas construcciones que poblaban el subcontinente. Era puro esnobismo, pero tanto más encarnizado por serlo. Para evitar que el pueblo bajo se acercara a estos viejos templos y palacios y ellos pudieran seguir celebrando allí sus fiestas, habían lanzado una campaña de creencia en fantasmas, apoyada en falsos testimonios y fotos trucadas. No contaron con la proliferación descontrolada que suelen tener las creencias, que terminaron infiltrando a sus propias filas: las embajadas y grandes empresas, cansadas de recibir excusas a sus invitaciones, desertaron de esas vetustas residencias, que terminaron quedando, paradójicamente, a merced de una chusma habituada a los espectros. Lo que creían los pobres era un misterio, porque entre ellos no había voceros lo bastante articulados como para expresar algo tan impalpable como una creencia. Fue así como el alquiler

de la India Antigua bajó tanto que quedó al alcance de cualquiera. Eso aceleró su decadencia; sudras sin educación lo dejaban cubierto de restos de comida y escupitajos después de sus cumpleaños y sus bodas. El nombre lo decía todo: «La India Antigua». Cada celebridad que moría, ya fuera del campo de la política, del cine, de la canción, del deporte, la fama quería que su fantasma fuera a habitarla. Y se estaba volviendo un muladar. Del parque que lo rodeaba mejor no hablar. Por falta de podas y cuidados se había vuelto una selva, refugio de mendigos y ladrones, sólo transitable por los sinuosos senderos que recorrían los turistas en los viejos y destartalados carritos eléctricos de golf. En este caso el descuido había sido beneficioso, porque le añadía una cuota de azar y aventura a la busca de las famosas estatuas eróticas por las que acudían los curiosos y pagaban la entrada. La instalación del Djinn Bowl levantó una oleada de rumores, alimentados por las reuniones que tuvo por la mañana con los magnates locales. Se dijo que estaba buscando colocación para la mujer que lo acompañaba. A partir de ahí creció aceleradamente una novela, en la que se cebó la fantasía de la señora Gohu, a la que implicaba de modo indirecto la trama. Todo era especulativo, pero no carecía de coherencia. El extranjero, se decía, estaba tratando de sacarse de encima a una tenaz enamorada que se aferraba a él con la esperanza de que le diera un sentido a su vida y la mantuviera. Para ello la había traído al Punjab, donde no tenía la menor posibilidad de encontrarle trabajo y destino. En su ignorancia de forastero había confundido el Punjab con las fronteras de Nepal, donde la situación laboral era fluida en extremo. Podía no ser tanto ignorancia como malentendido. En efecto, la comidilla popular exageraba al pronunciar la lejanía de las fronteras. De creerlo, estarían tan lejos como la Luna, y de esa fantásica multiplicación de la distancia nacía la leyenda de su capacidad de solucionar problemas como el que aquejaba al Djinn Bowl. Sea como fuera, era bien sabido que la única que conocía la ruta a las fronteras de Nepal era la señora Gohu, lo que le daba la perfecta excusa para entrometerse y ver cómo estaban las cosas. Lo que nadie sabía ni sospechaba era que las fronteras de Nepal se estaban acercando, día a día. Se acercaban metro a metro, centímetro a centímetro, devoraban las distancias en un desplazamiento que nadie atinaba a ubicar en los paisajes consuetudinarios. Se resistía al pensamiento. El movimiento espontáneo de las cosas era un epifenómeno de la superstición, es decir que alentaba una fundamental incredulidad. La telequinesis, que así se llamaba, pertenecía al mismo campo de lo improbable en el que reinaban las transmigraciones de las almas a los floreros o las valijas, las posesiones, o la rebelión de las llaves que se negaban a abrir una puerta detrás de la cual esperaban la fortuna y el amor. El viejo dicho musulmán «Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma», por su elocuencia metafórica, no hacía más que reforzar la convicción de los geólogos de que las montañas no caminaban. Y sin embargo, era un hecho que las fronteras se movían por sí solas. Bastaba con leer los diarios con asiduidad y sentido del tiempo para comprobarlo. La guerra y la política eran las causas, pero causas que se ocultaban por

lejanas y con frecuencia contradictorias, y además no era tan seguro que fueran las causas. Podía no haber causas, de hecho era raro que las hubiera, pese a que parecían omnipresentes. Bien podía haber motivos a los que el hombre todavía no había llegado a asomarse. En el caso de las fronteras de Nepal, había una guerra, una sorda guerra religiosa llevada adelante por un solo bando, el de los Monoteístas. No había batallas, ni sitios, ni bombardeos, sino una deflagración discursiva en la que los desfiles de infantes envueltos en mantas acolchadas, los jinetes acorazados, los carros de asalto sacudiéndose sobre las piedras, los puñales y la metralla eran metáforas. Éstas podían hacerse complejas, difíciles de decodificar, como cuando se hablaba del mar que ya empezaba a bañar las costas de Nepal, y del que salían los hoplitas, de rostros ajados, con signos de fatiga, muchos de ellos cargando objetos inservibles, los desechos de civilizaciones lejanas y desconocidas. El avance parecía incontenible, a la vez que poético, pero era un avance circular, puro efecto de los amaneceres que se sucedían en los meridianos del planeta, y que al llegar a las fronteras se volvían una «negra medianoche» inexpugnable. El fenómeno había tenido su inicio con el asesinato de Benazir Bhutto, mártir de la política democrática antiimperialista. Su auto, abriéndose paso entre la multitud que la vivaba, tenía una abertura en la capota, por la que la carismática líder asomó la cabeza para saludar a sus partidarios. Fue la oportunidad que esperaba el tirador disimulado entre el gentío. Sonó el tiro, y ella metió la cabeza por donde la había sacado. La autopsia, realizada bajo insoportables presiones políticas, no pudo establecer si la muerte se había debido a la bala o a un desnucamiento por el golpe contra el borde metálico de la abertura de la capota, al bajar con prisa desconsiderada la cabeza por el susto que le provocó el sonido del disparo. El «negro amanecer», como lo llamaron los historiadores oportunistas, dominó en adelante la política regional. Los dioses andróginos iniciaron una huida que no se detuvo, y con ellos las fronteras seguían avanzando, como si las empujaran las hormigas. ¿Qué significaba este avance, en lo concreto de la vida cotidiana? Significaba un cambio de leyes. Empezaban a regir leyes nuevas, un centímetro más allá de donde hasta el día de ayer habían regido otras. Y la población, en su postura negadora, lo ignoraba, y se sorprendía de lo que estaba pasando, lo achacaba a causas sobrenaturales, a una ruptura de la lógica, a surrealismos de autores irresponsables. Los movimientos del terreno no se daban en todos los niveles al mismo tiempo. Empezaban por los más profundos, donde estaban depositados los huesos de los muertos antiguos. Eran los restos (lo único que había quedado) de todos los que habían contribuido a hacer grande al Nepal, a los que habían dado la vida en sacrificios voluntarios, por el honor, en silencio. Verdaderas mareas de huesos corrían a veinte metros bajo el nivel del suelo. Por su posición, la señora Gohu pudo verlo, y al alzar la vista vio también que sobre las placas de pinotea, como si estuvieran posados en una nube sobre un fúnebre abismo, el Djinn Bowl besaba apasionadamente a Palmyra. Para entender cómo se había producido esta reunión, y el espectáculo hubiera podido hacerse visible, será necesario retroceder un paso en el

relato. El acercamiento espacial había provocado una distorsión en las contigüidades temporales, y se produjo una repentina medianoche al amanecer, típico fenómeno fronterizo. Ya había pasado otras veces, y la explicación que le daban los lugareños era tan simplista como errónea: decían que se venía una tormenta. Fue lo que creyó la señora Gohu cuando la sorprendió la oscuridad en medio del parque del Palacio de la India Antigua, al que se dirigía para parlamentar con el Djinn y, con la excusa de ofrecerse como guía hacia las regiones de la plena ocupación, tratar de poner alguna claridad en la relación o no relación que los unía y que tanto había dado que hablar. Desconcertada, y temiendo un chaparrón que arruinaría el cuidado arreglo personal con el que esperaba causar buena impresión, se metió en el Templete, por ser el refugio que tenía más a mano. No se veía nada, pero aun así notó que en el interior faltaban las estatuas de los dioses en piedra blanca. No recordaba la última vez que había estado ahí, pero entonces las estatuas estaban, y no había oído nada sobre un robo o saqueo. ¿Habría habido una reciente incursión de los Monoteístas? Lo descartó, siempre basada en la errónea creencia de la lejanía extrema de las fronteras de Nepal. Los truenos la aterrorizaban. Tanto que, en lugar de hacer el resto del trayecto por el parque, lo hizo por el túnel que unía el Templete con el Palacio, construido siglos atrás por las familias pías que querían adorar a Shiva sin mojarse los días de lluvia. En la actualidad era un atractivo turístico más del complejo, por lo que lo habían provisto de unos desvencijados silloncitos Luis XV sacados del Palacio, dispuestos a lo largo del túnel, uno cada veinte metros. La iluminación, muy tenue, provenía de unos apliques de madreperla rosa en la pared de piedra. A esa hora estaba vacío, y la señora Gohu, que no las tenía todas consigo, apuró el paso para salir cuanto antes. Pero no había llegado a la mitad cuando vio a alguien o algo sentado en uno de los sillones. No se equivocó el autor al decir que era «alguien o algo», pues participaba de ambas esencias, ya que era un fantasma, un viejo conocido de la señora Gohu y de los lectores: el fantasma de Lady Evelyn. No tuvo más remedio que detenerse. En los tiempos del Imperio Británico se la había conocido como la Hiena Blanca, los años la habían transformado en una ruina, una de esas viejas brujas que sólo producían temor y horror. De las que al verlas uno se preguntaba cómo era posible que siguiera viviendo, en ese estado. Y es que no seguía. Moría cada vez que participaba en una de las novelas del Buda Eterno, y esas sucesivas muertes le habían dado una paradójica supervivencia, confiriéndole el estatus de reliquia de las eras coloniales. Muy compenetrada con su papel de fantasma, hablaba sólo cuando le dirigían la palabra, lo que le daba una ventaja a sus interlocutores. En la ocasión no supo aprovecharla la señora Gohu, porque, atolondrada en su nerviosa cortesía mal entendida, no pudo evitar un «Qué tal, cómo le va», al que se prendió el fantasma para descargarle un pesado discurso admonitorio. Sabía adónde se dirigía la señora Gohu, qué movía sus pasos, a una edad en la que debería haber estado llevando a sus nietos a la plaza. Corría tras un hombre joven, corría tras de sueños irrealizables. El fantasma lo sabía, por cuanto el

fantasma de una mujer era el hombre de una mujer. Y se preguntaba por qué a las mujeres les pasaba eso. A ella la había salvado de ese bochorno una muerte oportuna. Tal como se habían dado las cosas, ahora en ella se podía creer o no creer, se podía temerle, huirle, buscarla, todo en un plano fluctuante de sueño. En efecto, decía, en los fantasmas se podía creer o no creer. No negaba que había quienes creían a pie juntillas en los cuentos de aparecidos, así como había escépticos a los que nada convencería nunca. Pues bien, si los fantasmas habían sido humanos, era inevitable que conservaran algo de lo humano, y lo más humano, lo que no moría nunca, era la creencia. De modo que los fantasmas también podían creer en fantasmas. Más aún, se aferraban a esa creencia, que no podían comprobar; era aferrarse a un último resto de vida; a no saber con certeza, a la incertidumbre. Porque saber era doloroso, y un fantasma, por efecto de su penetrabilidad, corría el riesgo de saberlo todo, y perder con ello la duda, por la que se podía llegar a sentir una nostalgia tan grande como por la vida misma, o la materia. Así era como habían nacido los fantasmas de los fantasmas, fantasmas de segundo grado, una población brumosa en los niveles más inaccesibles de la poesía del ser. Desde allí se comunicaban con voces que nadie oía, con las hipótesis fugitivas de un gran viento de inexistencia. Se creaba una escalada, ya que nada impedía que hubiera fantasmas de tercer grado, de cuarto, subiendo y bajando por los mármoles resbalosos de lo irreal, buscando el espacio donde moraban las formas inmutables de la eternidad. Al final de este proceso, todo fantasma le debía su entidad precaria a ser fantasma para otro fantasma, a que temieran o esperaran su aparición. Nunca tenían paz. Se suponía que vivían en un apacible retiro de siglos, pero como toda su existencia consistía en los relatos que los tenían como personajes, no existían más que cuando su descanso era interrumpido. Esa condición literaria era la menos indicada para el reposo, que era el único derecho que podía reclamar un muerto. Siempre tenía que estar pasando algo, y algo interesante, cómico, trágico, terrorífico, y sobre todo original. Como todo tópico, funcionaba por variaciones novedosas, pero la imaginación creadora agotaba pronto el catálogo de soluciones razonables, y las peripecias se volvían más rebuscadas, más descabelladas, más incómodas para el pobre fantasma que debía protagonizarlas. Y la muerte siempre estaba presente, como causa y efecto a la vez. La muerte marcaba el ritmo. ¡Si lo sabría Lady Evelyn! Pero ya estaba cansada. El único modo de no volver a morir en esta aventura, en su encarnación nocturna de la Hiena Blanca, era que dejara de ser una aventura. Que se abandonara el régimen narrativo, en favor de uno ensayístico. Así el estúpido vértigo de la acción, que de todas formas no llevaba a ninguna parte, cedería su lugar a las tranquilas razones de la inteligencia. Basta de traslados y porrazos, y de los consabidos «mientras tanto». ¿Que los lectores se sentirían defraudados? Allá ellos. No estaban a su servicio; un poco de demagogia, como para mantener el interés, estaba bien, pero no era cuestión de exagerar. Además, había estadísticas que mostraban que en los diarios los lectores preferían las notas de opinión a la información que contaba hechos. Al relato lo podían reconstruir por sí

mismos, a partir de una sola vértebra narrativa. Y en esta aventura ya habían tenido bastantes vértebras, y toda clase de huesos, piezas del rompecabezas de millones de historias, un verdadero cementerio para armar, sobre el que se besaban los amantes. Sólo faltaba el desenlace, y si lo esperaban con una avidez que más les habría valido sentir por la belleza y el bien y no por estas gratificaciones pueriles, era porque anticipaban que el desenlace significaba la aniquilación de la Hiena Blanca. Los dejaría con las ganas; no sólo por su preservación individual sino también para preservar a todas las mujeres que habían participado en la aventura. Porque todo desenlace era siempre un triunfo de los hombres sobre las mujeres, y ya era hora de poner fin a esa injusticia. Si lo hubieran hecho antes no habrían matado a la pobre Benazir Bhutto, ni Palmyra habría sido abandonada por un vulgar oportunista sexual, ni la señora Gohu tendría que volver, derrotada, a las sartenes y la tabla de lavar. Claro que para haberlo hecho tendría que haber sido el día anterior, no el día siguiente. Y el día anterior estaba ocupado por los hombres. El fantasma de Lady Evelyn, envuelto en el sudario peludo, toda ojos y dientes y anticuada pasamanería, clamaba al cielo. Deberían haber aceptado la oferta que les hizo a las mujeres uno de los muchos dioses que antes andaban por el mundo. Les había propuesto cambiarles sus vidas extensas y sufrientes por vidas de un solo día feliz. Se perdería la duración, pero junto con ella se perderían las preocupaciones, los partos, los maridos, la casa, las patas de gallo. A cambio, un día de reinas. Un solo día, no podía ofrecer más. Tómelo o déjelo. No aceptaron, les dio miedo.

12 de febrero de 2013